

LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA

San Juan Eudes

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

Depósito legal: SE. 4.356-2012

ISBN: 978-84-7770-268-9

Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

Impreso en España / Printed in Spain

Capítulo I

El divino Corazón de Jesús es la corona de la gloria del santísimo Corazón de María

No es justo separar dos realidades que Dios ha unido tan estrechamente con los lazos más fuertes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Me refiero al divino Corazón de Jesús, Hijo único de María y al Corazón virginal de María, Madre de Jesús. El Corazón del mejor Padre que pueda existir y de la mejor Hija que haya existido y existirá siempre; el Corazón del más divino de los esposos y de la más santa de las esposas; el Corazón del más amable de todos los Hijos y de la más amante de todas las Madres. Son dos corazones unidos por el mismo espíritu y el mismo amor que une al Padre de Jesús con su Hijo amadísimo hasta no formar sino un solo Corazón, no en unidad de esencia como lo es la unidad

del Padre y del Hijo, sino de sentimiento, de afecto y de voluntad.

Estos dos corazones de Jesús y de María se hallan unidos tan íntimamente que el Corazón de Jesús es el principio del Corazón de María como el creador es el principio de su criatura; y que el Corazón de María es el origen del Corazón de Jesús como la madre es el origen del corazón de su hijo.

¡Prodigio admirable! El Corazón de Jesús es el corazón, el alma., el espíritu y la vida del Corazón de María. No tiene éste actividad ni sentimiento sino por el Corazón de Jesús. A su vez, el Corazón de María es la fuente de la vida del Corazón de Jesús, residente en sus benditas entrañas, como el corazón de la madre es el principio de la vida del Corazón de su hijo.

Finalmente el Corazón adorable de Jesús es la corona y la gloria del amable Corazón de la Reina de los Santos. Como también el Corazón de María es la gloria y la corona del Corazón de Jesús porque le tributa más honor que todos los corazones del paraíso.

Por eso, después de explicar las maravillas del sagrado Corazón de Jesús, dedi-

caremos una segunda parte para hablar del Corazón augusto de María. ¿Pero qué podremos decir sobre un tema que es inefable, inmenso, incomprensible e infinitamente elevado por encima de las luces de los querubines? Las lenguas de los serafines serían demasiado débiles para hablar dignamente de la más mínima centella de esa hoguera abrasada por el divino amor. ¿Cómo un miserable pecador, lleno de tinieblas e iniquidad, se atreverá a acercarse a ese abismo de santidad? ¿Cómo osará mirar ese formidable santuario cuando golpean sus oídos aquellas terribles palabras: *tiemblan ante mi santuario*¹. «Señor Jesús, lava en mí mis iniquidades para que merezca entrar con espíritu purificado en el Santo de los santos», con puros pensamientos y palabras encendidas en aquel fuego celestial que trajiste a la tierra y abrasa en él el corazón de los lectores.

1. Lev. 26,2.

Capítulo II

El Corazón de Jesús es una hoguera de amor al Padre Eterno

Infinidad de razones nos obligan a tributar adoraciones y honores al divino Corazón de nuestro Salvador. Ellas están contenidas en las palabras de San Bernardino de Siena que llama a ese Corazón: Hoguera de ardentísima caridad para inflamar y abrasar el universo entero¹.

En efecto, el Corazón admirable de Jesús es una hoguera de amor a su Padre, a su santa Madre, a su Iglesia y a cada uno de nosotros, como se verá en los capítulos siguientes.

Pero ¿qué espíritu podría imaginar y qué lengua expresar la menor chispa de esa hoguera infinita del divino amor que abrasa el Corazón del Hijo de Dios hacia su Padre? Se trata de un amor digno de tal Padre y de tal Hijo. Es amor a la altura de las perfecciones del ser amado. Es un Hijo infinitamente amante quien ama a un Padre infinitamente

1. Sermo 514, de Passione Dom. p. 2, tit. 1.

digno de amor. Es un Dios que ama a un Dios. Es amor esencial que ama al amor eterno. Es amor inmenso, incomprensible e infinito. En una palabra el Corazón de Jesús, tanto en su divinidad como en su humanidad, se encuentra más abrasado de amor hacia su Padre, y lo ama infinitamente más en cada instante, que los corazones de los ángeles y de los santos en toda la eternidad.

Y como no existe amor más grande que el dar la vida por el amado, el Hijo de Dios ama tanto a su Padre que estaría listo a sacrificarla de nuevo, como la sacrificó en la cruz, y con los mismos tormentos, por amor a su Padre, si tal fuera su beneplácito. Y como es amor inmenso estaría listo a sacrificarla por todo el universo. Y como es amor eterno e infinito, estaría dispuesto a sacrificarla eternamente, infinidad de veces y con dolores infinitos.

¡Oh Padre, Creador, vida y Señor del universo! Nada en el mundo es tan digno de amor como Tú. Tus perfecciones infinitas y tus bondades indecibles imponen a tus criaturas obligaciones infinitas de servirte, honrarte y amarte con todas sus fuerzas. Y, sin embargo, nada hay en el mundo que sea tan poco amado como Tú, tan despreciado

y ultrajado como Tú. *Me han odiado a Mí y a mi Padre*¹, dice tu Hijo Jesús: *gratuitamente me han odiado*² a Mí que en cambio los he colmado de beneficios. Pues multitud de demonios y condenados profieren en el infierno millones de blasfemias contra tu majestad y la tierra está llena de infieles, de herejes y de falsos cristianos que te tratan como si fueras su peor enemigo.

Pero dos cosas me consuelan y alegran. La primera es que tus perfecciones y grandezas, Dios mío, son tan admirables y sientes tal complacencia en el amor infinito de tu Hijo por Ti y en lo que hizo y sufrió para reparar las injurias de tus enemigos que éstos no podrán jamás arrebatarte el menor brillo de tu gloria y felicidad.

La segunda es que Jesús, tu Hijo, que por bondad extrema quiso ser nuestra Cabeza para que fuéramos sus miembros, nos ha asociado con él en el amor que te tiene y nos ha permitido, por consiguiente, amarte con su mismo amor que es, en cierta manera, eterno, inmenso e infinito.

1. Juan 15,24.

2. Juan 15,25.

Para que lo comprendas bien ten en cuenta estos tres puntos: el primero es que el amor del Hijo de Dios a su Padre es eterno, no pasa, subsiste siempre, estable y permanente. El segundo, que ese amor lo llena todo con su inmensidad y por lo mismo está en nuestros corazones, *más íntimo en nosotros que nosotros mismos*, como dice San Agustín. El tercero, que el Padre de Jesús *nos ha dado todas las cosas*¹ al darnos a su hijo y por consiguiente el amor del Hijo de Dios por su Padre nos pertenece y podemos usar de él como de algo propio.

Puedo, pues, amar a su Padre y mi Padre con el mismo amor con que mi Salvador lo ama, con amor eterno, inmenso e infinito. Y para llevarlo a la práctica puedo decir de esta manera:

«Me doy a ti, Salvador mío, para asociarme al amor que tienes a tu Padre. Te ofrezco, Padre adorable, ese amor eterno, inmenso e infinito de tu Hijo Jesús, como algo que me pertenece y así como el Salvador nos dice: *Os amo como mi Padre me*

1. Ro. 8,32.

ama, a mi vez puedo decirte: Te amo, Padre, como tu Hijo te ama».

Y puesto que el amor del Padre por su Hijo es tan mío como el amor del Hijo por su Padre, puedo también usar de ese mismo amor del Padre por su Hijo, como de un amor mío; lo que puedo poner en práctica así:

«Me doy a Ti, Padre de Jesús, y me uno al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Hijo amado. Te ofrezco, Jesús, el amor eterno, inmenso e infinito de tu Padre por Ti, como un amor que me pertenece». Y así como este amado Redentor nos dice: *Os amo como mi Padre me ama* yo puedo a mi turno decirle: te amo, Salvador mío, como tu Padre celestial te ama.

¡Qué felicidad para nosotros que el Padre eterno nos haya hecho don de su Hijo y de todas las cosas con él y no sólo para que fuera nuestro Redentor y nuestro hermano sino también nuestra Cabeza! ¡Qué privilegio ser miembros del Hijo de Dios y por lo mismo una sola cosa con Él, y tener con Él un mismo espíritu, un mismo corazón y un mismo amor para amar a su Padre!

No es de extrañar, pues, que hablando de nosotros al Padre celestial le diga Jesús:

Los amaste como me amaste a Mí¹ y que le ruegue que siempre nos ame así: Que el amor con que me amaste a Mí permanezca en ellos². Porque si amamos a ese Padre tan digno de amor como su Hijo lo ama no puede sorprendernos que nos ame como ama a su Hijo porque nos mira en Él como miembros de su Hijo que son una sola cosa con Él y que lo aman con el mismo Corazón y el mismo amor que su Hijo.

Que el cielo y la tierra y todo ser creado se conviertan en llama pura de amor a este Padre de misericordia y al Hijo único de su amor, así lo llama San Pablo cuando dice: Nos trasladó al reino del Hijo de su amor³.

Capítulo III

El Corazón divino de Jesús es una hoguera de amor a su santa Madre

Nada tan fácil como probar esta verdad.

1. Juan 15,23.

2. Juan 17,26.

3. Col. 1,13.

Las gracias inconcebibles con las que nuestro Salvador ha colmado a su santa Madre demuestran que tiene por ella un amor sin medida y que después de su Padre celestial es el primero y el más digno objeto de su amor. Su Hijo la ama incomparablemente más que a todos sus ángeles, sus santos y todas las criaturas.

¿De cuántos privilegios la ha colmado?

—En primer término esta santa Virgen es la única a la que el Hijo de Dios escogió desde toda la eternidad para elevarla por encima de todo ser creado, para sentarla en el más encumbrado trono de la gloria y de la grandeza y para darle la más admirable de todas las dignidades, la de Madre de Dios.

—Descendamos de la eternidad a la plenitud de los tiempos y veremos como esta sagrada Virgen es la única entre los hijos de Adán a quien Dios, por privilegio especial, preservó del pecado original. En testimonio de ello la Iglesia celebra todos los años la fiesta de su Concepción inmaculada por toda la tierra.

—El amor del Hijo de Dios no sólo preservó a su Madre del pecado original; también la llenó desde el momento de su con-

cepción de una gracia tan eminente que al decir de grandes teólogos superaba la gracia del primero de los serafines y del más grande de los santos.

—Por otro privilegio sólo ella comienza a conocer y a amar a Dios, desde el primer momento y lo ama con mayor fervor que los más encendidos serafines.

—Sólo ella lo ha amado continuamente, sin interrupción, durante toda su vida. Se dice por ello que sólo hizo un acto de amor desde el primero hasta el último instante de su vida.

—Sólo ella cumplió a la perfección el primero de los mandamientos: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*¹ (...).

—Ella es la única que hizo nacer de su propia sustancia a Aquél que nació desde toda la eternidad en el seno de Dios, de la sustancia de su Padre. Sí, ella dio parte de su sustancia virginal y de su sangre purísima para formar la santa humanidad del Hijo de Dios. Y colaboró con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la unión de su sustan-

1. Dt. 6,5.

cia con la persona del Hijo de Dios: así cooperó a que se realizara el misterio de la Encarnación, el mayor milagro que Dios ha hecho y podrá hacer jamás.

—Y esa sangre purísima y esa carne virginal que ella aportó en ese misterio permanecerán unidas para siempre, mediante la unión hipostática, a la persona del Verbo encarnado. Sangre virginal y carne preciosa que se han hecho adorables en la humanidad del Verbo de Dios y que por siempre serán en él adoradas por los ángeles y los santos.

—Esta Madre admirable proporcionó también la carne y la sangre para formar el corazón del Niño Jesús; corazón que tomó su alimento y crecimiento de esa misma sangre, durante los nueve meses de su permanencia en las benditas entrañas de la Virgen, y de su leche virginal en sus primeros años.

—Sólo esta Virgen incomparable hizo de padre y de madre con respecto a un Dios y se vio obedecida por el soberano monarca del universo, lo que significa para ella más honor que si recibiera los homenajes de todo cuanto Dios podría crear.

—Sólo ella es Madre y Virgen. Ella sola

llevó en sus benditas entrañas, durante nueve meses, a Aquél a quien el Padre celestial lleva en su seno por toda la eternidad.

—Sólo ella alimentó con su seno e hizo vivir al que es la vida eterna y da la vida a todos los seres vivientes.

—Sólo ella, en compañía de San José, permaneció continuamente con el adorable Salvador durante treinta y cuatro años. Es admirable que el divino Redentor que vino al mundo para salvar a todos los hombres, sólo les predicó tres años y tres meses de su vida, mientras permaneció más de treinta con su Madre para santificarla siempre más y más. ¡Cuántos torrentes de gracia y de bendiciones derramaba incesantemente durante aquel tiempo en su bendita Madre, dispuesta siempre a recibirlos? ¡Con cuántos ardores y llamas celestiales el divino Corazón de Jesús, hoguera de amor, abrasaba siempre más y más el Corazón virginal de su santa Madre! Especialmente cuando esos dos corazones estaban cercanos y estrechamente unidos como cuando lo llevaba en sus entrañas, cuando le daba su seno, cuando lo mecía en sus brazos y lo reclinaba en su pecho, y durante el tiempo en que vivía familiarmente con Él, como

una madre con su hijo, en que comía y bebía con Él, oraba a Dios con Él, oía las palabras que salían de su boca adorable, como carbones ardientes que encendían siempre más su Corazón con el fuego del amor divino.

—¿Después de éste quien podría expresar en qué manera el Corazón de la Madre del Salvador se hallaba abrasado de amor a Dios? Ciertamente hay motivos para creer que si su Hijo no la hubiera conservado milagrosamente hasta la hora que le había fijado para llevarla al cielo, ella hubiera muerto de amor no una sino miles de veces.

—Sólo esta virgen maravillosa, después de su Hijo, ha sido transportada en cuerpo y alma al cielo, de acuerdo con la tradición y el sentir de la Iglesia que celebra esta solemnidad por todo el mundo.

—Sólo ella ha sido elevada por encima de los coros de los ángeles y de los santos. Sólo ella colocada a la diestra de su Hijo. Sólo a ella coronaron como reina del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres y soberana del universo. Sólo ella tiene todo poder sobre la Iglesia triunfante, militante y sufriente. *En Jerusalén se halla*

*mi poder*¹. Ella sola tiene más valimiento cerca de su Jesús que todos los ciudadanos del cielo juntos. *A ti se ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*².

—San Anselmo señala otro privilegio con estas palabras: *Si tú, Señora, callas, nadie orará, nadie prestará ayuda; pero si tú oras todos (los santos) orarán, todos ayudarán.*

He aquí un gran número de privilegios con que nuestro Salvador ha honrado a su santa Madre. ¿Quién lo obligó a ello? El amor ardentísimo de su Corazón filial hacia ella. ¿Y por qué la ama tanto?

1. Porque ella es su Madre de quien recibió nuevo ser y nueva vida.

2. La ama más que a todas las criaturas juntas porque ella tiene por él más amor que todos los seres creados.

3. La ama ardientemente porque ella ha colaborado con él en su obra máxima de la redención del mundo. Cooperó dándole un cuerpo mortal y capaz de padecer para sobrellevar los sufrimientos de su pasión; pro-

1. Eccli. 24,11.

2. Mt. 28,18.

porcionándole la sangre preciosa que derramó por nosotros; dándole la vida que sacrificó por nuestra salvación y ofreciendo ella misma en sacrificio, al pie de la cruz, ese cuerpo, esa sangre y esa vida.

Y si este amado Salvador ha amado de tal manera a su divina Madre, ¿cómo no estaremos nosotros obligados a amarla, servirla y honrarla en todas las formas posibles? Amémosla, pues, al mismo tiempo que a su Hijo Jesús. Y si los amamos, odiamos lo que ellos odian, amemos lo que ellos aman. No tengamos sino un corazón con ellos. Un Corazón que deteste cuanto ellos detestan, es decir el pecado, en especial los pecados contrarios a la caridad, a la humildad y a la pureza; y un corazón que ame lo que ellos aman, en particular a los pobres, las cruces y todas las virtudes cristianas. ¡Alcánzanos, Madre de bondad, esta gracia de tu Hijo!

Capítulo IV

Otro privilegio con el que nuestro Salvador honra a su santa Madre

Hay otro privilegio con el que el Hijo de Dios glorifica a su santa Madre y que sobrepasa los anteriores. Es que no sólo ella estará eternamente asociada en el cielo a la más alta dignidad del Padre eterno que es su adorable paternidad, sino que posee y poseerá por siempre, ella sola, la misma autoridad de Madre que poseía en la tierra y que señalan aquellas palabras: *Y siguió bajo su autoridad*¹. Lo cual es para ella más glorioso que si tuviera el imperio de cien millones de mundos. Porque, aunque su Hijo la sobrepasa infinitamente en gloria, en poder y en majestad, Él, sin embargo la mirará y honrará eternamente como a su verdadera Madre.

La condición de Hijo de Dios, dice San Ambrosio, no lo dispensaba, cuando estaba en la tierra, de la obligación divina y natural que tenía, como los demás hijos, de obe-

1. Lc. 2,51.

decerle como a su Madre. Tal sumisión no era humillante sino honrosa porque era voluntaria; *no era fruto de incapacidad sino de piedad.*

En fin, muchos santos doctores coinciden en afirmar que la Madre del Salvador tenía verdadera autoridad sobre su Hijo sea por derecho de naturaleza sea como efecto de la bondad y de la humildad de ese mismo Hijo. El más excelente de los títulos de esta divina Virgen, dice el piadoso Gerson, es el de Madre de Dios porque *le da autoridad y ascendiente natural sobre el Señor de todo el mundo*¹. No se puede pensar que su Hijo le otorgara ese poder mientras ella estaba en la tierra y se lo retirara desde que ella reina en el cielo; no tiene en efecto menos respeto y amor por ella en el cielo del que le tenía en la tierra.

Es, pues, justo pensar que no es menos poderosa en el cielo que lo que era en la tierra y que conserva aún en el cielo alguna autoridad sobre su Hijo. *Uno mismo es el poder de la Madre y del Hijo*, dice Arnolfo de Chartres; y Ricardo de Saint-Laurent:

1. Serm. de Annunt.

ella fue hecha omnipotente por el Hijo omnipotente. El Hijo y la Madre tienen la misma carne, el mismo Corazón y la misma voluntad, por ello, en cierta manera, tienen el mismo poder.

Escuchemos las magníficas palabras con las que Jorge, arzobispo de Nicodemia, se dirige a María: *«Nada puede resistir a tu poder; todo cede a tu fuerza y tus mandatos; todo obedece a tu imperio; el que de ti nació se elevó por encima de todo; tu Creador saca gloria de tu gloria y se siente honrado por los que te honran; tu Hijo se regocija al contemplar el honor que te tributamos. Como si cumpliese obligaciones contigo, te concede gustoso todo cuanto le pides; nada, oh Virgen, resiste a tu poder; tu Hijo considera como propia tu gloria y, como pagando una deuda, escucha tus súplicas»*¹.

Sabemos con certeza, dice San Anselmo, que la santa Virgen rebosa de tal manera de gracia y de mérito que alcanza siempre sus deseos².

Es imposible, dice San Germán de

1. Orat. de oblat. Deiparae.

2. De excel. Virg. cap. 12.

Constantinopla, que no sea escuchada en todo y en todas partes puesto que su Hijo está siempre sometido a todas sus voluntades¹.

Por doquiera el asombro, por doquier el milagro, dice San Bernardo. Que Dios obedezca a una mujer, es humildad sin antecedentes y que una mujer dé órdenes a Dios es sublimidad sin nada semejante. De ahí que San Pedro Damiano se atreva a decir que la Virgen bondadosa se presenta en el cielo ante el sagrado altar de nuestra reconciliación no sólo suplicante sino imperante². Ruega al Padre, da órdenes al Hijo con el derecho de Madre, canta la Iglesia de París en una secuencia.

Si alguien objeta que eso equivale a colocar la criatura por encima de su creador, yo le preguntaré si la divina Palabra eleva a Josué por encima de Dios cuando dice que el sol se detuvo y que Dios obedeció a la voz de un hombre³. No, no es colocar a la criatura sobre el creador, es que el Hijo de Dios tiene tal amor y respeto por su divina

1. Serm. 2 in B. Mariae Dormit.

2. Serm. 1 de Nativ. B. Mariae.

3. Jos. 10,14.

Madre que su súplica equivale a un mandato.

La bienaventurada Virgen, dice San Alberto el Grande, puede no sólo implorar a su Hijo sino también darle órdenes con autoridad materna. Esto pedimos con estas palabras: *Monstra te esse Matrem: muestra que eres Madre*, plegaria que la Iglesia le dirige a menudo, mucho le agrada y es de gran utilidad para nuestras almas. Es como si le dijéramos: *sacratísima Madre de Dios, haz que conozcamos las bondades incomparables de que rebosa tu Corazón maternal para con tus hijos indignos; concédenos comprobar el gran poder que ese Corazón benigno tiene sobre el Corazón misericordioso de tu Hijo amadísimo. Muestra que eres Madre y que el que quiso nacer de ti acoja nuestras súplicas por tu intercesión.*

Capítulo V

El amor infinito de Jesús a su santa Madre colmó de dolores su divino Corazón

Así como el corazón adorable de nues-

tro Salvador estaba inflamado de amor infinito por su santa Madre, también fueron inconcebibles sus dolores al verla sumergida en un océano de tribulaciones en el momento de su Pasión. Desde que la santa Virgen fue Madre de nuestro Redentor libró un continuo combate de amor dentro de su Corazón. Porque, conociendo que era voluntad de Dios que su Hijo amadísimo sufriera y muriera por nuestra salvación, el amor ardentísimo que ella tenía a la divina Voluntad y a la salvación de los hombres la colocaba, por una parte, en total sumisión a las disposiciones divinas. Y por otra parte su amor incomparable de Madre hacia su amadísimo hijo le causaba dolores indecibles a la vista de los tormentos que debía padecer por la redención del mundo.

Los santos juzgan que al llegar el día de su Pasión, dado el amor y la obediencia con que se comportaba siempre con su santa Madre y según la bondad que tiene para consolar a sus amigos en las aflicciones, antes de entrar en sus sufrimientos, se despidió de su queridísima Madre. Y para hacerlo todo dentro de la obediencia, tanto a la voluntad de su Padre como a la de su Madre, pues no conocía otra distinta de la

de ese divino Padre, le pidió licencia para ejecutar lo ordenado por su Padre eterno; le comunicó que era voluntad de su Padre que ella lo acompañara hasta el pie de la cruz y una vez muerto envolviera su cuerpo en un lienzo para depositarlo en el sepulcro, y le dio consignas sobre lo que debía hacer y dónde debía permanecer hasta que hubiera resucitado.

Es probable también que le hubiera dado a conocer lo que Él iba a padecer para prepararla y para disponerla a acompañarlo espiritual y corporalmente en sus sufrimientos. Y, dado que los dolores interiores de ambos eran indecibles, no se los declaraban recíprocamente mediante palabras pero sus ojos y sus corazones se entendían entre sí y se comunicaban mutuamente sus aflicciones. Mas el amor perfectísimo de ambos y su total conformidad a la voluntad divina no permitía la menor imperfección en sus sentimientos naturales. Por un lado el Salvador era el Hijo único de su amadísima Madre y sentía inmensamente sus dolores y, por otro, era su Dios y quería fortalecerla en la mayor desolación conocida. La consolaba con sus palabras que ella escuchaba y conservaba cuidadosamente en su corazón

y con nuevas gracias que derramaba en su alma para que pudiera soportar y vencer los inmensos dolores que le estaban preparados. Eran éstos tan grandes que si hubiera podido sufrir en lugar de su queridísimo Hijo habría soportado más fácilmente sus propios tormentos que verlos padecer por Él; le hubiera sido más llevadero dar su vida por Él que verlo sufrir suplicios tan atroces. Pero como Dios dispuso las cosas de otra manera, ella ofrecía su Corazón y Jesús su cuerpo para que cada uno padeciese lo que Dios había dispuesto. María sufría los tormentos de su Hijo y los suyos propios en la parte más sensible que es el Corazón y Jesús sufría en su cuerpo sufrimientos inexplicables y en su Corazón los inconcebibles de su santa Madre.

El Salvador se despidió de su santa Madre y fue a hundirse en el océano inmenso de sus dolores. Su desolada Madre permanecía en continua oración y lo acompañaba interiormente. Aquel triste día comenzó para ella con plegarias, lágrimas, agonías íntimas, en sumisión perfecta a la Voluntad divina; ella decía con su Hijo en el fondo de su Corazón, lo que Él dijo a su Padre en la agonía del huerto de los Olivos: *Pa-*

dre, que no se haga mi voluntad sino la tuya¹.

La noche de la prisión de nuestro Redentor en el huerto, los judíos lo llevaron atado, primero a casa de Anás, luego a la de Caifás; allí cansados de burlarse de Él y de ultrajarlo de mil modos, se retiró cada uno a su casa. Jesús permaneció prisionero en la misma casa hasta que llegó el día.

San Juan Evangelista salió de la casa de Caifás, sea por orden recibida de Nuestro Señor, sea por alguna inspiración divina y se dirigió a la casa de la santa Virgen para informarla de lo sucedido. ¡Oh Dios! ¿quién podría expresar las tristezas, dolores y lamentaciones que se cruzaron entre la Madre de Jesús y su discípulo amado, cuando éste le refería lo hasta entonces acontecido? Ciertamente los sentimientos y angustias de ambos fueron indescriptibles. Se hablaba más con el corazón que con los labios, y con las lágrimas más que con palabras, en especial la santa Virgen porque, como su inmensa modestia no le permitía palabras ofuscadas, su Corazón sufría lo inimaginable.

1. Lc. 22,42.

Luego, viendo llegado el momento de ir a buscar y acompañar a su Hijo único en sus tormentos, salió de su casa al despuntar el día, imitando al divino Cordero en el silencio, como oveja muda, bañando el camino con sus lágrimas y enviando al cielo los ardientes suspiros de su Corazón. Que los devotos de esta Virgen desolada caminen en adelante por ese camino y la acompañen doloridos en sus pesares.

Los judíos llevan al Salvador a la casa de Pilatos y de Herodes entre ultrajes y baldones; la afligida Madre no pudo contemplar al Hijo a causa de la multitud y la algazara de la plebe, hasta el momento en que Pilato lo mostró al pueblo, flagelado y coronado de espinas. Fue entonces cuando al oír los gritos del populacho, el tumulto de la ciudad, las injurias y blasfemias de los judíos contra su Hijo, su Corazón padeció dolores inmensos y *sus ojos derramaron fervientes lágrimas*¹; como ella había puesto en Él todo su amor, aunque la presencia de su Hijo era lo que más la afligía, la deseaba por encima de todo. Y es que el amor

1. Lc. 2,18.

conoce tales excesos cuando soporta menos la ausencia del ser amado que el dolor, por grande que sea, que la causa su presencia.

Entre semejantes amarguras y angustias esta santa oveja suspiraba por ver a su divino Cordero. Finalmente lo vio desgarrado, de la cabeza a los pies, por los latigazos, con su cabeza traspasada por crueles espinas, con el rostro amoratado, hinchado, cubierto de sangre y salivazos, con una cuerda al cuello, las manos atadas, un cetro de caña en la mano y vestido con un manto de burla. Él sabía que su Madre estaba allí y ella sabía que su divina Majestad leía los sentimientos de su corazón, traspasado de dolores no menos inmensos que los que Él llevaba en su cuerpo.

Allí oyó los falsos testimonios que esgrimían contra Él y cómo lo posponían al ladrón y homicida Barrabás. Allí escuchó millones de voces furibundas que gritaban: *¡Fuera, fuera, crucifícalo!*¹. Allí conoció la sentencia de muerte pronunciada contra el autor de la vida. Allí vio la cruz en que iba a ser crucificado y cómo, con ella sobre las

1. Juan 19,5.

espaldas, empezó a caminar hacia el Calvario. Ella, siguiendo sus huellas sangrientas, bañaba el camino con tantas lágrimas como sangre vertía Jesús: también ella, cargaba con la cruz dolorosísima que sufría en su corazón, como Él la llevaba en sus hombros.

Finalmente llegó ella al Calvario, acompañada de las santas mujeres que se esforzaban por consolarla. Pero ella callaba, a imitación del manso Cordero y sufría dolores inconcebibles al oír los martillazos de los verdugos sobre los clavos que fijaban a su Hijo en la Cruz. Y como estaba tan débil por haber pasado en vela y llorando toda la noche y por no haber tomado alimento para sostenerse, cuando vio a aquél que amaba infinitamente más que a sí misma, levantado y clavado en la cruz, con tan crueles dolores, sin poder prestarle ningún alivio, se desmayó entre los brazos de quienes la acompañaban como acontece habitualmente en los excesivos dolores. Sus lágrimas se detuvieron, quedó sin color y temblorosa, hasta que su Hijo le dio nuevas fuerzas para que lo acompañara hasta la muerte.

Entonces, vertiendo nuevos torrentes de

lágrimas empezó a padecer otro martirio de dolores a la vista de su Hijo colgado en la cruz. Ello no le impedía ejercer su oficio de mediadora ante Dios en favor de los pecadores, cooperando a su salvación con su Redentor y ofreciendo por ellos al Padre eterno su sangre, sus sufrimientos y su muerte con el deseo ardiente de su felicidad eterna. El amor indecible por su amado Hijo, le hacía temer verlo expirar y morir y, al tiempo, la llenaba de dolor ver como se prolongaban sus tormentos que no terminarían sino con la muerte. También ella deseaba que el Padre celestial suavizara el rigor de su suplicio y asimismo quería conformarse totalmente a las disposiciones de ese Padre adorable. Y así el amor divino hacía nacer en su Corazón un combate en tan contrapuestos deseos y sufrimientos que por provenir de ese mismo amor le causaban dolores inexplicables.

La sacratísima Oveja y el divino Cordeiro se miraban y se entendían el uno al otro y se comunicaban sus dolores que eran tales que sólo podían comprenderlos los corazones del Hijo y de la Madre. Por amarse perfectamente sufrían juntos esos crueles tormentos porque el amor mutuo que se pro-

fesaban era la medida de sus dolores. Quienes los consideren no los podrán entender si están lejos de comprender el amor de tal Hijo por su Madre y de tal Madre por su Hijo.

Los pesares de la santa Virgen crecían y se renovaban continuamente con los nuevos ultrajes y tormentos que la rabia de los judíos descargaban sobre su Hijo. ¿Qué dolor sentía al oírle gritar aquellas palabras: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*¹. ¡Qué amargura cuando vio que le daban hiel y vinagre en el ardor de su sed! ¡Qué congoja cuando vio que le traspasaban el Corazón con una lanzada! ¡Qué pesadumbre al recibirlo muerto entre sus brazos, una vez bajado de la cruz! ¡Qué tristeza cuando le arrebataron su santo cuerpo para encerrarlo en el sepulcro! ¡Con qué pesar se retiraría a su casa a esperar la resurrección! Ciertamente esta divina Virgen hubiera preferido sufrir todos los dolores de su Hijo antes que ver cómo padecía.

El amor perfecto obra en los corazones que se esfuerzan por imitar a su divino Pa-

1. Mt. 27,46.

dre y a su buena Madre el hacerles sopor-
tar con gusto sus propias aflicciones y sen-
tir vivamente las del prójimo de manera que
les es más fácil sobrellevarlas personalmen-
te que mirar como las sufren los demás.
Esto hizo nuestro Salvador durante su vida
y particularmente en el día de su Pasión.
Porque sabiendo que Judas lo había vendi-
do demostró mayor tristeza por su conde-
nación (cuando dijo que le hubiera valido
mejor no haber nacido) que por los tormen-
tos que iba a sufrir por causa de su traición.

También hizo ver a las mujeres que iban
llorando detrás de Él cuando llevaba su cruz
cómo le eran más sensibles las tribulacio-
nes que ellas y la ciudad de Jerusalén iban
a sufrir que todo lo que Él padecía. *Hijas
de Jerusalén —les decía— no lloréis por
mí; llorad por vosotras y por vuestros hi-
jos. Porque llegará el momento en que se
diga: Dichosas las estériles, y los vientres
que no han dado a luz y los senos que no
han amamantado*¹.

En el momento mismo en que estaba cla-
vado en la cruz olvidado de sus propios

1. Lc. 23,28-29.

suplicios, demostró que las necesidades de los pecadores le eran más sensibles que sus propios sufrimientos, cuando pidió a su Padre que los perdonara. El amor que Él tiene por sus criaturas le hacía sentir sus males más que los suyos propios.

Por eso uno de los mayores tormentos de nuestro Salvador en la cruz, más sensible que sus propios dolores físicos, era ver sumergida en un mar de amarguras a su santa Madre. Tenía por ella más amor que por todas las criaturas juntas. Era ella la mejor de todas las madres, la compañera fidelísima de sus viajes y trabajos. Y por ser inocentísima no merecía esos padecimientos. Era una Madre que estaba más llena de amor por su Hijo que los corazones de todos los ángeles y santos y la veía padecer tormentos nunca antes conocidos. ¡Cuál no sería la aflicción de esa Madre que tenía ante sus ojos semejante Hijo tan injustamente atormentado sin poder prestarle el menor alivio! Ciertamente es una cruz tan pesada que no hay espíritu capaz de comprenderla. Es una cruz reservada a la gracia, al amor y a las virtudes heroicas de una Madre de Dios.

De nada le servía a ella ser inocente y

ser Madre de Dios para evitar tan gran tormento. Al contrario, su hijo no permitió que criatura alguna ni aún los que le crucificaban tuviesen la osadía de hacerle afrenta alguna; porque deseando hacerla semejante a Él, como el amor era la primera y principal causa de sus sufrimientos y de su muerte, quería también que el amor que tenía por ella como a Madre suya y el amor que ella le tenía como a Hijo suyo fueran la causa del martirio de su Corazón al fin de su vida así como al comienzo había sido el origen de sus alegrías.

El Hijo de Dios desde su cruz veía las angustias y desolaciones del Corazón de su santa Madre; escuchaba sus suspiros, percibía sus lágrimas y el abandono en que se hallaba y en el que permanecería después de su muerte; todo ello era nueva tortura y nuevo martirio para el divino Corazón de Jesús. De suerte que aquí nada faltaba de cuanto podía afligir y crucificar los amabilísimos Corazones del Hijo y de la Madre: por eso algunos piensan que cuando el Salvador habló estando en la cruz a su dolorida Madre, no quiso llamarla MADRE para no extremar su desolación y aflicción. Le dijo sólo palabras que le mostraran que no

la había olvidado y que la socorría en su abandono en la manera ajustada a la voluntad del Padre, dándole por hijo a su discípulo amado con estas palabras: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* y al discípulo: *Ahí tienes a tu Madre*¹. En consecuencia Juan permaneció al servicio de la Reina del cielo, la honró como a Madre y Señora suya y consideró el servicio que le prestaba como el más insigne favor que podía recibir de su Maestro en este mundo.

Todos los pecadores tienen parte en esta gracia de San Juan porque él los representaba a todos al pie de la cruz y nuestro Salvador los veía a todos en su persona. Y al dirigirse a él hablaba a todos en general y a cada uno en particular para decirles: *Ahí tienes a tu Madre*. Os doy mi Madre para que sea vuestra Madre y os doy a ella para que seáis sus hijos. ¡Cuán agradecidos debemos estar a la bondad inefable de nuestro Salvador! Nos dio a su Padre por Padre nuestro y a su santa Madre para que no tengamos sino un mismo Padre y una misma Madre con Él. ¡No éramos dignos de ser los

1. Juan 19,26-27.

esclavos de esa gran Reina y nos ha hecho sus hijos! ¡Cuánto respeto y sumisión debemos a semejante Madre! ¡Cuánto celo y afecto para servirla! ¡Con qué cuidado debemos imitar sus virtudes, para demostrar que existe parecido entre la Madre y los hijos!

Esa bondadosa Madre recibió gran consuelo cuando oyó la voz de su amado Hijo; en esa última hora cualquier palabra de un hijo o de un amigo verdadero es reconfortante y consoladora. Y como esos dos Corazones se entendían perfectamente entre sí, la santa Virgen aceptó gustosa a San Juan como hijo y en él a todos los pecadores, sabiendo que esa era la intención de su Jesús. Dado que Él moría por ellos y que sus pecados eran la causa de su muerte quiso en esa última hora quitarles la desconfianza que podrían albergar hacia Él, al ver los grandes tormentos causados por sus pecados; con este fin les dio a su santa Madre, el ser que más estimaba, y que más poder tenía sobre Él para que por su intercesión y protección tuviéramos la confianza de que seríamos bien recibidos y acogidos por su divina Majestad.

No se puede tampoco dudar del amor in-

concebible de esta Madre de bondad por los pecadores puesto que al alumbrarlos espiritualmente al pie de la cruz sufrió dolores increíbles que no experimentó en el alumbramiento virginal de su Hijo y de su Dios.

Todas estas cosas muestran claramente que los dolores de la Madre y los tormentos del Hijo terminaron en gracia, en bendición, en beneficios inmensos para los pecadores. Por eso cuánta obligación tenemos de honrar, amar y alabar a estos dos Corazones de Jesús y de María, de emplear toda nuestra vida en servirlos y glorificarlos y de esforzarnos por imprimir en nuestros corazones una imagen perfecta de sus virtudes. Porque es imposible agradecerles si tomamos caminos distintos de lo que ellos recorrieron.

Capítulo VI

Ejercicios de amor y de piedad sobre los dolores del Corazón de Jesús y del Corazón de su santa madre

Bondadoso Jesús, Cordero inocentísimo, que sufres tantos tormentos en tu cruz y que

contemplas el Corazón virginal de tu querida Madre sumergido en un océano de dolores, enséñame a acompañarte en tus sufrimientos y a tomar parte en tus aflicciones.

¡Qué espectáculo tan doloroso contemplar a estos dos Corazones de Jesús y de María, tan santos e inocentes, tan llenos de gracia y perfecciones, tan encendidos en el divino amor y tan unidos entre sí, tan afligidos el uno por el otro! El Corazón sagrado de la Madre de Jesús siente vivamente los tormentos inmensos de su Hijo y el Hijo único de María está totalmente compenetrado con los dolores incomparables de la Madre. La Oveja inmaculada y el inocente Cordero se llaman mutuamente; el uno llora por el otro; el uno sufre por el otro y siente como propia la angustia del otro; y entre más puro y ardiente es el amor recíproco más sensibles y acuciantes son los dolores.

¡Oh corazón endurecido! ¿Cómo es que no te deshaces en lágrimas al ver que eres tú la causa de esos sufrimientos inenarrables? ¡Nada han hecho ellos para merecer tantos quebrantos! Eres tú, pecador miserable, y tus odiosos pecados, los verdugos de estos santos Corazones. Perdo-

nadme, Corazones benignísimos, descargad sobre mí la venganza de que soy digno y puesto que las criaturas os obedecen, ordenadles que me castiguen como lo merezco. Pero enviadme vuestras pesadumbres para que habiendo sido la causa de ellas os ayude a llorar y sentir lo que os he hecho padecer. ¡Oh Jesús, amor de mi corazón, oh María, consuelo de mi alma, tan semejante al Hijo, imprimid en mi corazón desprecio y aversión por los placeres de esta vida que vosotros habéis pasado en la aflicción. Puesto que os pertenezco y soy de vuestra casa y servidor vuestro, no permitáis que busque placer en este mundo sino en aquello que causa el vuestro. Haced que lleve siempre vuestros dolores en mi alma y coloque mi gloria y mis delicias en estar crucificado con Jesús y María.

¿Cómo es, sacratísima Virgen, que todas tus alegrías se han cambiado en tristezas? Si fueran semejantes a las del mundo, hubieran sido explicables estos cambios. Pero tú, Reina de los ángeles, no has buscado deleite fuera de las cosas divinas. Dios solo era el dueño de tu Corazón y nada podía contentarte sino lo que de Él venía o a Él te conducía. Tuviste el gozo de ser Madre

de Dios, de llevarlo en tus entrañas, de verlo nacido y adorado por los ángeles, por los pastores y los magos, de hacerlo descansar en tu regazo y sustentarse de tu leche virginal, de servirlo con tus manos, de ofrecerlo al Padre eterno en el templo, de verlo reconocido y adorado por el justo Simeón y la profetisa Ana. Todas tus alegrías durante los treinta años que viviste con Él eran divinas, interiores y espiritualmente comunicadas por Él mismo. Eran arrebatos, elevaciones espirituales y éxtasis con los que tu alma santa, encendida por el amor del amabilísimo Jesús, tu Hijo y tu Dios, te elevaba y te transportaba en su divina majestad. Y por estar constantemente unida y transformada en Él ella recibía mayores favores que todas las jerarquías del cielo, pues su amor sobrepasaba el de todos los serafines. ¡Oh Reina de los ángeles ¿Qué podía haber en deleites, tan puros y santos, para que se cambiaran en amarguras? ¿La miseria y el castigo de los pobres hijos de Eva, desterrados del paraíso, en cuyos pecados ninguna parte tuviste, porqué tenían que alcanzarte a Ti? Este destierro no pudo, pues, dejar de ser para ti, tierra de aflicciones y valle de lágrimas.

¡Oh pobre pecador que crees encontrar placer en esta vida que no tiene sino deleites falsos y engañosos, mira los sufrimientos del Rey y de la Reina del cielo, y muérete de vergüenza por los desórdenes de tu vida y por la gran repugnancia que sientes por las cruces. Toda la vida de Jesús que es la inocencia misma es un sufrimiento continuado; toda la vida de María, la santa e inmaculada, es una pequeña cruz. ¡Y tú, pecador miserable, que mil veces has merecido el infierno buscas placeres y consuelos!

Durante el tiempo en que viviste con tu Hijo, Tú, Reina de los ángeles, estuviste esperando los dolores que te anunció Simeón, pesadumbres sin igual pues la grandeza de tu amor era la medida de tus padecimientos. Al llegar el tiempo de su Pasión, ese amable Salvador se despide de ti para enfrentarse al sufrimiento, dándote a conocer que era: Voluntad de su Padre que Tú lo acompañaras al pie de la cruz y que tu Corazón fuera traspasado por la espada del dolor. San Juan te advirtió que había llegado el tiempo en que el divino Cordero debía ser inmolado y tú saliste de tu casa, bañando las calles de Jerusalén con tus lá-

grimas. Encuentras a tu Hijo en medio de una jauría de lobos y leones que rugían contra Él y gritaban: *¡Fuera, fuera, crucifícalo!*¹. No lo ves ahora adorado por los ángeles ni por los magos sino expuesto al pueblo como rey de burlas, blasfemado, deshonrado, condenado a muerte, con la cruz sobre los hombros, conducido al Calvario adonde tú lo acompañas bañada en lágrimas y presa de torturas inmensas.

Oyes los martillazos que lo fijan en la cruz y que te traspasan el Corazón. Sufres tormentos indecibles mientras le llega la hora dolorosa en que lo veas crucificado. Lo ves levantado en alto entre gritos y blasfemias y tu sangre se te hiela en las venas. Pasan esas horas lacerantes al pie de la cruz, escuchando las atroces injurias que esos pérfidos descargan sobre tu Cordero y viendo los terribles tormentos que le hacen padecer hasta que lo ves expirar en medio de tantos oprobios y suplicios.

Luego te lo colocaron muerto entre tus brazos para que envolvieras su cuerpo en una sábana y lo sepultaras. Y que así como

1. Juan 19,15.

en su nacimiento le prestaste los primeros cuidados también ahora le procurarás los últimos servicios pero con dolores y angustias tan acuciantes y con desolaciones que penetraban de tal manera tu Corazón maternal que para entenderlo sería necesario comprender el exceso del amor casi infinito que tienes a tu Hijo. Todo te afligía. Para cualquier parte que volvieras la mirada sólo veías motivos de desolación y de lágrimas. Tu Corazón maternal estaba lacerado por otras tantas llagas sangrientas y dolorosas que tu amado Jesús sufría en su cuerpo y en su Corazón.

Es verdad que tu fe en nada mermó y que tu obediencia mantenía tu Corazón perfectamente ajustado a la Voluntad divina. No dejabas por ello de sufrir dolores inconcebibles lo mismo que tu Hijo amado, a pesar de su perfecta sumisión a las disposiciones de su Padre. Finalmente aquel corazón que tenga menos amor que el tuyo jamás podrá comprender lo que sufriste en esos momentos.

Cuando tus fieles servidores y verdaderos amigos consideran estas cosas se anegan en llanto y se llenan de dolor viendo cómo tus divinos gozos se truecan en crue-

les torturas y cómo tu santísima inocencia padece pesares tan inhumanos. Si para consolarte pudieran conducirse y volverse añicos lo harían gustosos. ¡Oh qué sangriento martirio para el Corazón de tu divino Cordero, el Hijo único de Dios y tuyo, al ver claramente los dolores que penetraban en tu Corazón, el abandono en que te encontrabas, las angustias que su ausencia te iba a causar!

¿Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, cómo es que tienes estos dos Corazones crucificados de esta manera? ¿Cómo es que no prestas ayuda a tu Hijo único y a tu amada Hija y humilde esclava? ¿Por qué invalidas con ellos la ley que diste de no sacrificar sobre tu altar, en un mismo día, al cordero y a su madre? Pero he aquí que en el mismo día y a la misma hora, en la misma cruz y con los mismos clavos, has clavado al Hijo único de María y al Corazón virginal de su Madre inocente. Te importan acaso, más las ovejas irracionales que no deben ser sacrificadas en el mismo momento en que están afligidas por la pérdida de sus corderos, que esta Virgen purísima, agobiada de esa manera por los dolores y muerte de su divino Cor-

dero? Pero es que Tú quieres que ella no tenga otro verdugo de su martirio distinto del amor por su Hijo único, ni que entre tan crueles suplicios, el espectáculo de los sufrimientos de esa Madre faltara a ese Hijo para acabar de afligirlo y atormentarlo. Que se tributen bendiciones y alabanzas inmortales al amor incomprensible que tienes a los pecadores.

¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, divina luz de mi alma! Te pido, por el amor infinito que tienes por mí que ilumines mi espíritu con tu verdad, que destierres de mi corazón el deseo de los consuelos de esta vida y coloques en cambio el deseo de sufrir por tu amor ya que tu amor ha sido el causante de tus tormentos y que el amor que sientes a tu santa Madre y que ella tiene por ti ha sido la fuente de ese mar de tribulaciones.

¡Qué ciego soy si pienso que puedo agradarte caminando por otro camino! ¿Hasta cuándo me estaré escapando de ti? ¿Hasta cuándo este hombre de barro se resistirá a compartir tus divinos sentimientos? ¿Para qué quiero la vida si no es para emplearla en tu compañía como tu santa Madre puesto que entregas la tuya por mí en

la cruz? ¡Oh mi divina Sabiduría, que tu luz celestial me guíe por doquiera, que la fuerza de tu amor me posea en plenitud y obre en mí los cambios que Él realiza en los corazones de cuantos le obedecen! Me ofrezco y me doy todo a ti; haz, Señor, que lo haga con corazón puro y total. Quítame el gusto de todas las cosas menos el de amarte y sufrir contigo.

Dios de mi corazón, te adoro y te doy gracias porque has trocado en mi provecho los dolores que experimentaste a la vista de los de tu santa Madre al dármela por Señora y Madre, demostrándome que me amas tanto que deseas que ella me ame como a hijo en lugar tuyo y que en calidad de tal tenga compasión de mí, que me asista, favorezca, proteja, guarde y dirija como a hijo suyo. Tal vez, Redentor mío, no encontraste mejor consuelo para tu santa Madre que darle hijos malos y pecadores, para que ella ejerciera su poder y su caridad en procurar su conversión y su salvación. Que seas bendito y alabado por siempre por haber querido que nada se perdiera sino que todo contribuyera a remediar mis males y colmar-me de bienes. No permitas, caritativo médico mío, que entre tantos remedios yo ca-

rezca de medicina. Acéptame como tuyo y haz que yo sea digno servidor y verdadero hijo de esta Reina y Madre.

Sacratísima Madre de Dios, acuérdate de que los dolores que no tuviste en el alumbramiento virginal de tu Hijo único se redoblaron al pie de la cruz en el parto espiritual de los pecadores cuando los recibiste por hijos tuyos. Y puesto que te he costado tanto recíbeme en esa calidad, a pesar de mi indignidad; protégeme, asísteme y condúceme en todo. Y alcánzame de tu Hijo la gracia de que este indigno hijo tuyo no se pierda. Ciudadanos del cielo, frutos benditos de las entrañas espirituales del Corazón maternal de la purísima Virgen, rogadle que sea siempre mi madre benigna y me alcance de Jesús que yo ame fielmente al Hijo y a la Madre en este mundo y me cuente en el número de los que los bendecirán y amarán eternamente en el otro. Amén.

Capítulo VII

El divino Corazón de Jesús es una hoguera de amor a la Iglesia triunfante, militante y sufriente

Este Corazón adorable es de verdad una hoguera del divino amor que esparce sus ardores en todas las direcciones, en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos. En el cielo en la Iglesia triunfante, en la tierra en la militante, y en el purgatorio en la sufriente y, en cierto modo, en el infierno.

Si levantamos los ojos y el corazón al cielo, hacia la Iglesia triunfante, veremos un ejército innumerable de santos, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y bienaventurados. Todos esos santos son otras tantas llamas de la hoguera inmensa del Corazón divino del Santo de los santos. Porque el amor de ese Corazón los hizo nacer en la tierra, los iluminó con la luz de la fe, los hizo cristianos, les dio la fortaleza para vencer al demonio, al mundo, y a la carne; los embelleció con todas las virtudes, los santificó en este mundo y los glorificó en el otro; encendió en sus corazones el amor a Dios, colmó sus labios

de sus alabanzas; ese amor es la fuente de todo lo grande, santo y admirable que hay en ellos. ¿Por eso si celebramos en el curso del año tantas fiestas en honor de esos santos cuánta solemnidad no merece el divino Corazón que es el principio de cuanto hay de noble y glorioso en todos ellos?

Bajemos a la tierra y miremos lo más digno y grande de la Iglesia militante. ¿No son acaso los sacramentos? El Bautismo nos hace hijos de Dios; la Confirmación nos da el Espíritu Santo; la Penitencia borra nuestros pecados y nos restablece en la gracia con Dios; la Eucaristía nos alimenta con la Carne y la Sangre del Hijo de Dios y nos hace vivir de su vida; el Matrimonio da hijos a Dios para que lo sirvan y honren en la tierra y lo amen y glorifiquen por siempre en el cielo; el Orden da a la Iglesia sacerdotes que continúen las funciones del Sumo Sacerdote y cooperen con Él en la salvación del mundo; la Unción de los enfermos nos fortalece a la salida de este mundo contra los enemigos de nuestra salvación.

Todos estos sacramentos son otras fuentes de gracia y santidad que nacen del océano inmenso del Corazón de nuestro Salvador; las gracias que de ellos dimanar son

llamas de esa divina hoguera. Pero la más ardiente de esas llamas es la santa Eucaristía. Este sacramento es compendio de las maravillas del poder, sabiduría y bondad de Dios y uno de los frutos del Corazón incomparable de Jesús.

Si celebramos en la Iglesia una fiesta tan grande en honor de ese santo sacramento ¿qué solemnidad no debemos celebrar en honor de su santísimo Corazón que es el origen de cuanto hay de grande y precioso en ese augusto sacramento?

Y vamos al purgatorio, a la Iglesia sufriente. Él es el trono de la justicia de Dios del que dice santo Tomás *que la menor pena que allí se sufre supera todos los sufrimientos de este mundo*¹. Lo mismo afirma San Agustín². Sin embargo, esta terrible justicia no reina de tal manera en él que excluya la misericordia. Ella, unida a la justicia, hizo el purgatorio para abriarnos el paraíso que permanecía cerrado a la mayor parte de los hombres de no existir este momento de purificación. Es verdad de fe que *nada man-*

1. Sm. Theol. 3a. pars. 46. q. 6. ad 3um.

2. Super Ps. 37; Serm. 4 pro defunctis.

*chado entra en el cielo*¹. Así pues, el purgatorio es fruto de la bondad y caridad del Corazón benigno de nuestro Redentor.

Descendamos más bajo aún, con el pensamiento, hasta el infierno ya que San Juan Crisóstomo nos declara que quienes allí bajan de esa manera en vida para animarse a buscar la salvación con temor y temblor no bajarán a él después de la muerte.

El infierno es, al decir del Evangelio, lugar de tormentos, es la gehenna del fuego², el suplicio eterno³, es, en una palabra, el lugar de las venganzas y de las cóleras del gran Dios. Pero la bondad infinita del Corazón misericordioso de nuestro Salvador encuentra allí sitio (...). Se sirve, en efecto, de los fuegos del infierno para encender en nuestros corazones el fuego del amor divino. ¿Si hubieras merecido aquel fuego, cuánta obligación tendrías de amar a quien te libra de tan gran suplicio?

Muy pocas personas hay en el mundo que no hayan cometido al menos un pecado mortal. Y cuantos han ofendido a Dios

1. Apoc. 21,27.

2. Lc. 16,28.

3. Mt. 18,19.

mortalmente han merecido el infierno. Verse libres de él lo deben a la caridad inmensa del benigno Corazón de nuestro Redentor. Tenemos, por tanto, obligaciones infinitas de servirlo y amarlo. Reconoce por consiguiente que las bondades del Corazón del divino Salvador son tan admirables que utiliza hasta los fuegos del infierno para comprometernos a amarlo y por lo mismo para poder pertenecer al número de los que lo poseerán eternamente.

Esta divina hoguera del Corazón adorable de Jesús esparce así sus llamas por doquier, en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos. ¡Oh amor admirable! ¡Oh Dios de mi corazón! Ojalá tuviera yo todos los corazones que han existido, existen y existirán para emplearlos en amarlo, alabarlo y glorificarlo sin cesar. ¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María! Te ofrezco el Corazón de tu divina Madre que vale más y te agrada más que todos ellos. ¡Oh María, Madre de Jesús! Te ofrezco el Corazón adorable de tu Hijo amado, que es la vida, el amor y la alegría de tu Corazón.

Capítulo VIII

El divino Corazón de Jesús es una hoguera de amor hacia cada uno de nosotros

Para comprender esta afirmación consideremos los efectos admirables del amor infame que ese Corazón tiene por nosotros.

En primer término nos libró del abismo de males en que el pecado nos había arrojado. El pecado nos había hecho enemigos de Dios, objeto de su ira y de su maldición, excomulgados de la santa Trinidad, separados de la compañía de los ángeles, desalojados de la casa de nuestro Padre celestial, arrojados del Paraíso, precipitados en las llamas devoradoras del fuego eterno, esclavos de la tiranía de Satanás. En una palabra, condenados a los suplicios del infierno y esto para siempre sin que pudiéramos esperar ninguna ayuda ni alivio.

Pero hay un mal que los supera a todos. Es el pecado, el mal de los males y la causa única de todos los demás de la tierra y del infierno. Para comprender algo lo que es el pecado imagina que todos los hombres del pasado, del presente y del futuro estu-

vieran ahora vivos sobre la tierra y que cada uno de ellos fuera tan santo como San Juan Bautista, y que todos los ángeles del cielo, revestidos de carne humana, hechos pasibles y mortales, se sumasen a ellos. Aunque todos esos hombres y esos ángeles derramaran hasta la última gota de su sangre, murieran miles de veces, y sufrieran por toda la eternidad los tormentos del infierno, si el Hijo de Dios no hubiera derramado su sangre por nosotros, no podrían librarnos del más pequeño pecado venial ni satisfacer dignamente a Dios por las ofensas contra él recibidas, ni por consiguiente liberarnos de la más mínima pena merecida por ese pecado ni darnos aquella gota de agua que el rico epulón implora desde tanto tiempo.

Si un pecado venial es un mal tan grande, ¿qué diremos del pecado mortal y de ser esclavos de ese monstruo infernal, más hediondo y terrible que todos los monstruos y dragones de la tierra y del infierno?

Ese es el abismo de males en el que habíamos sido precipitados sin esperanza de poder salir de él. Porque todas las fuerzas humanas y los poderes terrenos y celestiales no podían sacarnos de él. Pero sucedió, por dicha incomprensible, que fuimos libe-

rados, gracias al amabilísimo Corazón de nuestro Redentor. La bondad inmensa, la misericordia sin límites y el amor incomparable de ese divino Corazón nos libraron de tantos males. Y no ha sido porque le hayamos prestado servicio alguno para obligarlo a ello. Por amor purísimo nos ha dispensado semejante favor. Para ello todo lo hizo y todo lo padeció; le costó bien caro: su sangre, su vida, mil tormentos y una muerte cruel e ignominiosa. ¿Qué obligaciones no tenemos entonces de honrar, alabar y amar ese benignísimo Corazón?

Imagínate a un hombre que robó a un mercader en el bosque. Lo ponen preso, lo echan a la cárcel, lo procesan, lo condenan a muerte hasta que el verdugo le pone el lazo en el cuello. Entonces llega el mercader. A fuerza de dinero, de ruegos y de amigos y hasta ofreciéndose morir por él lo libera y lo pone en libertad. ¿Cuánta obligación no tendrá para con la bondad del mercader? Pues bien, por nuestros crímenes estábamos condenados a los suplicios eternos. El Hijo único de Dios, en un exceso inconcebible de la bondad de su Corazón, sufre muerte cruel y afrentosa para liberarnos. Juzga de ahí cuán obligados es-

tamos con ese Corazón admirable. ¡Cómo te pagaré, Salvador mío, y qué haré por tu amor por haberme retirado de los abismos del infierno tantas veces como he caído en él por mis pecados o que habría caído en él si la caridad de tu Corazón no me hubiera preservado?

Es éste el primer efecto o mejor los innumerables efectos del amor inmenso que el divino Corazón de nuestro Redentor nos ha mostrado al librarnos de infinidad de males.

No le bastó librarnos de ellos sino que quiso añadirnos beneficios inconcebibles. ¡Qué felicidad, en efecto, es no sólo el haber sido retirado del infierno sino el haber sido elevado al cielo, ser ciudadano del Paraíso donde se poseen en forma plena, invariable y eterna todos los bienes! ¡Qué felicidad ser compañeros de los ángeles, vivir su misma vida, estar revestidos de su gloria, gozar de su felicidad, en una palabra ser semejantes a ellos; *¡Serán como ángeles de Dios!*¹.

¡Qué felicidad ser contados entre los hijos de Dios, herederos suyos, coherederos de

su Hijo: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos!*¹. ¡Qué alegría ser reyes con una realeza eterna y poseer el mismo reino que el Padre Jesús ha dado a su Hijo: *Yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros como mi Padre lo dispuso para mí!*². ¡Qué regocijo sentarse a la mesa del Rey del cielo: *para que comáis y bebáis a mi mesa!*³. ¡Qué gozo estar revestidos con el hábito real y glorioso del Rey de reyes: *Yo les he dado la gloria que tú me diste!*⁴. ¡Qué alborozo compartir el mismo trono con el Monarca soberano del universo: *El que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono!*⁵. ¡Qué deleite morar y descansar con nuestro Salvador en el regazo y en el Corazón adorable de su Padre: *Quiero, Padre, que donde yo estoy estén también conmigo los que Tú me has dado!*⁶. ¿Y dónde estás Tú, mi Salvador? *En el seno del Padre*⁷, contesta San Juan.

1. 1 Juan 3,1.

2. Lc. 22,29.

3. Lc. 22,30.

4. Juan 17,22.

5. Ap. 3,21.

6. Juan 17,24.

7. Juan 1, 18.

Qué contento poseer los bienes de Dios. Porque quien posee a Dios gozará de todas sus glorias, dichas y riquezas. *En verdad os digo que los pondrá al frente de todos sus bienes*¹. Finalmente ¡qué júbilo estar transformado en Dios, revestido, colmado y penetrado de las perfecciones divinas, más totalmente que cuando el hierro en medio de la hoguera se ve revestido y penetrado por las cualidades del fuego! ¡Qué felicidad ser un solo ser con Dios: *Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros*² *partícipes de la naturaleza divina*³. Ser por gracia y por participación lo que Dios es por naturaleza y por esencia.

¿Qué inteligencia creada podrá comprender semejantes bienes? ¡Todas las lenguas de los ángeles y de los hombres no pueden expresar su más mínima parte! Se realiza aquí lo que afirma San Pablo que todos esos bienes son tan grandes que *ni el ojo vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre llegó lo que Dios prepara para los que le aman*⁴.

1. Mt. 24,47.

2. Juan 17,21.

3. 2 Pt. 1,4.

4. I Cor. 2,9.

¿A quién debemos agradecer entonces estos bienes? A la liberalidad inmensa y al amor infinito del Corazón de nuestro Salvador. ¡Qué homenajes, alabanzas y acciones de gracias debemos tributarle y con qué piedad debemos celebrar la solemnidad de tan augusto Corazón!

Pero hay mucho más: nuestro Salvador no sólo nos ha librado de la muerte eterna y de los tormentos que la acompañan; nos ha colmado de inmensidad de bienes. *¿Cómo pagaremos al Señor todo el bien que nos ha hecho?*¹. Si tuviéramos tantos corazones de serafines como estrellas hay en el cielo, átomos en el aire, briznas de hierba en la tierra, granos de arena y gotas de agua en el mar y que los empleáramos por completo en amarlo y darle gloria, nada serían ellos en comparación del amor que Él nos tiene y de las obligaciones que tenemos de consagrarle nuestros corazones.

Sin embargo, ¿qué hacemos nosotros y la mayoría de los hombres? ¿No es acaso verdad que tratamos ese adorable Redentor con tanta ingratitud como si de Él ningún

1. Sal. 115 (116),2.

bien hubiéramos recibido? ¿Como si nos hubiera causado todos los males del mundo? ¿No es cierto que nada omitió de lo que podía hacer para demostrarnos su amor? *¿Qué pude hacer y no lo hice?* Si hubiera sido posible, dijo a Santa Brígida, que yo sufriera los tormentos de la Pasión tantas veces como hay de almas en el infierno los padecería con gusto, pues arde tanto mi corazón en caridad como entonces.

¿No es verdad acaso que la mayoría de los hombres tratan todos los días a ese amable Salvador como si fuera su peor enemigo? ¿Qué injurias, qué ultrajes, qué crueldades pueden ejercer contra Él que no lo hagan? ¿Qué más execrable pueden hacer contra él que crucificarlo todos los días? Porque quien lo ofende mortalmente lo crucifica. *Crucifican de nuevo por su parte al Hijo de Dios*¹. Y cometen un crimen mayor que el de los judíos pues éstos no lo conocían.

Sintamos horror por semejante ingratitud, impiedad y abominación. Prestemos oídos a las voces de nuestro Salvador. Porque todos los males de que nos ha librado

1. Heb. 6,6.

y los bienes con que nos ha colmado son otras tantas voces que nos gritan: *de esa manera nos ha amado Jesús*. Amemos pues, al que tanto nos ama. Si el último de los hombres nos manifiesta su amistad no podemos menos de amarlo. Si un perro miserable se pega a nosotros y nos presta el menor servicio le mostramos cariño. ¿Y cómo no amaríamos a un Dios que es nuestro Creador, nuestro Rey, nuestro amigo fiel, nuestro amante hermano, nuestro Padre, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro sumo bien, nuestra vida y corazón, nuestro todo y que es todo corazón y amor por nosotros?

No sé, Salvador mío, si he empezado ya a amarte como es debido. Pero ahora estoy resuelto a amarte con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Renuncio para siempre a todo cuanto va en contra de tu santo amor. Concédeme que muera mil veces antes que ofenderte. Te doy mi corazón, toma plena posesión de él; destruye en él cuanto te desagrada y aniquíllalo si no te ama. O AMAR A JESÚS O MORIR. ¿Pero acaso es gran cosa darte el corazón de la nada? Si yo tuviera, Señor, tantos corazones de serafines como tu omnipotencia puede crear, con qué alegría

los consagraría todos a tu amor. Te ofrezco el Corazón de tu digna Madre que tiene por Ti más amor que todos los corazones que han existido y existirán. ¡Oh Madre de Jesús, ama a tu adorable Hijo por mí! ¡Oh buen Jesús, ama a tu amabilísima Madre por mí! Vosotros ciudadanos todos de la Jerusalén celestial, amad a Jesús y María por mí y asociadme a vosotros en el amor que les tenéis y les tendréis eternamente.

Capítulo IX

El Corazón de Jesús, hoguera de amor, en el santísimo Sacramento

Con toda razón San Bernardo llama al sacramento de la Eucaristía, EL AMOR DE LOS AMORES. Porque si abrimos los ojos de la fe para contemplar los efectos de la bondad inefable que nuestro Salvador tiene por nosotros en este adorable misterio descubriremos ocho llamas de amor que salen continuamente de esa admirable hoguera.

La primera llama consiste en que el amor inconcebible del Corazón de Jesús que

lo llevó a encerrarse en ese sacramento lo obliga a permanecer allí continuamente, día y noche, para estar siempre con nosotros y realizar sus palabras: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*¹. Es el buen Pastor que quiere estar siempre con su rebaño. Es el médico que quiere estar siempre a la cabecera de los enfermos. Es el padre lleno de ternura que no abandona jamás a sus hijos. Es el amigo fidelísimo que encuentra sus delicias en estar con sus amigos: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*².

La segunda llama de esta hoguera ardiente es el amor del Corazón adorable de nuestro Salvador que le asigna importantes ocupaciones en favor nuestro en ese sacramento. Porque él está allí, adorando, alabando y dando gracias incesantemente a su Padre por nosotros, es decir, para satisfacer en lugar nuestro esas obligaciones infinitas.

Está allí dando gracias continuas a su Padre por los beneficios corporales y espirituales, naturales y sobrenaturales, tem-

1. Mt. 28,20.

2. Prov. 8,31.

porales y eternos que nos ha otorgado y nos otorga a cada instante y que quiere seguir concediéndonos si no ponemos obstáculo.

Está allí amando a su Padre por nosotros, es decir para cumplir nuestra obligación infinita de amarlo. Está allí ofreciendo sus méritos a la justicia de su Padre para pagarle por nosotros lo que le debemos por causa de nuestros pecados. Está allí orando continuamente a su Padre por nosotros, por todas nuestras necesidades: *Está siempre vivo para interceder por nosotros*¹.

La tercera llama de nuestra hoguera es el amor infinito de nuestro Redentor por el cual su omnipotencia obra diversos prodigios en este sacramento: cambia el pan en su cuerpo y el vino en su sangre y realiza otros milagros que sobrepasan los hechos por Moisés, por los demás profetas y apóstoles y aun por nuestro Salvador mientras estuvo en la tierra. Porque todos esos milagros fueron hechos sólo en Judea y éstos en todo el universo. Aquéllos fueron pasajeros y éstos son continuos y durarán hasta el fin de los siglos. Aquéllos fueron hechos en

1. Heb. 7,25.

favor de muertos resucitados, de enfermos curados y de otras criaturas semejantes: pero éstos se verifican en el cuerpo adorable de un Dios, de su preciosa sangre y hasta en la gloria y las grandezas de su divinidad que aparece como aniquilada en ese sacramento.

La cuarta llama está señalada en las palabras del Espíritu Santo por boca del príncipe de los apóstoles: *Dios ha enviado a su Hijo para bendeciros*¹. Y aquel Hijo adorable vino lleno de amor por vosotros y con el ardiente deseo de derramar sus bendiciones sobre los que lo honran y aman como a padre suyo. Y principalmente mediante ese sacramento colma de sus favores a los que no ponen impedimento.

La quinta llama es su amor inmenso por el que comparte con nosotros todos los tesoros de gracia y santidad que adquirió en la tierra. En la santa Eucaristía, nos concede, en efecto, bienes infinitos y gracias abundantísimas si aportamos las disposiciones requeridas para recibirlos.

La sexta llama consiste en su amor

1. Ac. 3,26.

ardentísimo que lo mantiene siempre dispuesto no sólo a enriquecernos con los dones y gracias adquiridos por su sangre sino también a darse a sí mismo en la santa Comunión; nos da su divinidad, su humanidad, su persona divina, su cuerpo adorable, su sangre preciosa, en una palabra todo lo que es en cuanto Dios y en cuanto hombre. Y por consiguiente también nos da su Padre eterno y su Espíritu santo, inseparables de Él; nos inspira además la devoción a su santa Madre que sigue por doquiera a su divino Cordero mucho más que las santas vírgenes de las que el Apocalipsis afirma que *siguen al Cordero a donde quiera que vaya*¹.

La séptima llama es el amor que lleva al Salvador a sacrificarse aquí continuamente por nosotros. Ese amor sobrepasa en cierta manera al que lo llevó a inmolarse en el altar de la cruz. Porque allí se inmoló solamente en el Calvario y aquí se sacrifica en todos los lugares por la santa Eucaristía. Allí se inmoló solamente una vez, aquí se sacrifica millones de veces todos los días. Es

1. Ap. 14,4.

verdad que el sacrificio de la cruz tuvo lugar en un mar de dolores y que aquí se realiza en un océano de alegrías pero el Corazón de nuestro Salvador, está tan encendido por nosotros como lo estaba entonces y, si fuera posible y necesario para nuestra salvación, estaría dispuesto a sufrir los mismos dolores de su inmolación en el Calvario, tantas veces como se sacrifica a toda hora sobre los altares del universo.

La octava llama de esta hoguera es el amor que nuestro Redentor nos manifiesta cuando da a los hombres todos los testimonios de su bondad en el mismo instante en que recibe de ellos manifestaciones del odio más furioso imaginable. Porque cuando instituye ese divino sacramento, en la víspera de su muerte, los hombres ejercitan contra Él tanta rabia y furor como los mismos demonios. Así lo declaran sus palabras. *Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*¹.

Tú, Salvador mío, sólo tienes designios de paz, de caridad y de bondad hacia los hombres. Ellos, en cambio, sólo tienen pensamientos de malevolencia y de crueldad

1. Lc. 22,53.

contra Ti. Tú sólo buscas medios para salvarlos, ellos medios de perderte. Todo tu Corazón y tu espíritu están dedicados a romper las cadenas que los mantienen cautivos y esclavos de los demonios, ellos, en cambio, te traicionan y te entregan en manos de tus enemigos. Tú estás ocupado en establecer un sacramento para permanecer siempre con ellos, pero ellos no te aman a ti y quieren arrojarte del mundo y de la tierra y si pudieran te aniquilarían. Tú les preparas infinidad de gracias y dones acá en la tierra, y tronos y coronas gloriosos para el cielo; ellos te preparan cuerdas, látigos, espinas, clavos, lanzas, cruces, salivazos, oprobios, blasfemias y toda clase de ignominias, ultrajes y crueldades. Tú les ofreces el festín delicioso de tu carne y de tu sangre y ellos te dan a beber hiel y vinagre. Tú les das tu cuerpo santísimo y ellos lo hieren a golpes, lo desgarran con látigos, lo perforan con sus clavos y espinas, lo cubren de llagas de la cabeza a los pies y le hacen padecer los más atroces tormentos. Finalmente, Señor mío, Tú los amas más que a tu sangre y a tu vida, y las sacrificas por ellos, y ellos te arrancan el alma del cuerpo a fuerza de tormentos.

¡Qué amor el de tu Corazón adorable, Salvador mío, y qué ingratitud, impiedad y sevicia las del corazón humano para contigo!

Lo que entonces sucedió sigue sucediendo ahora. Porque tu Corazón se halla en ese sacramento abrasado de amor por nosotros y allí realiza continuamente mil efectos de bondad hacia nosotros. ¿Y cómo te los retribuimos, Señor mío? Sólo con ingratitudes y ofensas de pensamiento, palabra y acción, pisoteando tus mandamientos y los de tu Iglesia. ¡Qué ingratos somos! Nuestro Salvador nos ha amado tanto que habría muerto por nosotros miles de veces mientras estuvo en la tierra y de haber sido necesario estaría aún dispuesto a morir por nosotros. ¡Muramos, muramos de dolor a la vista de nuestros pecados; muramos de vergüenza al comprobar nuestro escaso amor por Él; muramos con mil muertes antes que ofenderlo en lo venidero! Concédeme, Salvador mío, esta gracia, te lo suplico. Madre de Jesús, alcánzame este favor de tu Hijo amadísimo.

Capítulo X

El Corazón de Jesús en su Pasión

Toda la vida mortal de nuestro Salvador en la tierra es ejercicio continuo de caridad y de bondad hacia nosotros. Pero en el tiempo de su santa Pasión nos da los mayores testimonios de su amor. Porque es entonces cuando, en exceso de su amor, sufre tormentos espantosos para librarnos de los suplicios del infierno y para adquirirnos la felicidad inmortal del cielo. Es entonces cuando vemos su cuerpo adorable cubierto de heridas y bañado en su sangre. Es entonces cuando su sagrada cabeza se halla traspasada de punzantes espinas y sus manos y sus pies horadados por los clavos, sus oídos aturridos por las blasfemias y las maldiciones, su boca amargada de hiel y vinagre. Entonces la crueldad de los judíos le arranca el alma de su cuerpo a fuerza de tormentos atroces, principalmente cuando su divino Corazón se halla atormentado con infinitas heridas sangrientas y dolorosas. Y si se pueden contar las llagas de su cuerpo, son innumerables las de su Corazón. Porque hay dos clases de heridas que proceden de dos causas diferentes:

La primera causa son nuestros pecados. Encuentro en la vida de santa Catalina de Génova que un día el Señor le hizo ver el horror del más pequeño pecado venial y aunque la visión duró sólo un instante contempló algo tan espantoso que la sangre se le heló en las venas y cayó en agonía y habría muerto si Dios no la hubiera conservado milagrosamente para que contara lo que había visto. Y decía ella que si estuviera en lo más profundo de un mar de llamas y que estuviera en su poder salir de él a condición de volver a contemplar algo tan espantoso preferiría quedarse allí que salir bajo esa condición. Pues bien, si la vista de un mínimo pecado venial colocó a esa santa en ese estado ¿qué podremos pensar del estado en que se vio nuestro Salvador al contemplar los pecados del universo?

El veía la infamia y la deshonra infinitas que todos los pecados irrogaban a su Padre; veía la condenación de innumerables almas, causada por esos pecados; y, como sentía un amor infinito por su Padre y por sus criaturas, todos esos pecados y todos esos espectáculos herían su Corazón con infinitas llagas.

Numera, si puedes, todos los pecados de

los hombres, más numerosos que las gotas de agua del mar, y comprenderás las llagas de ese amabilísimo Corazón.

La segunda causa de esas llagas es el amor infinito que enciende a ese mismo Corazón por todos sus hijos y la vista de las penas y aflicciones que les han de suceder, especialmente de los tormentos de todos sus santos mártires. Cuando una madre amantísima ve sufrir a su hijo seguramente sus dolores le son más sensibles a ella que a él. Nuestro Señor tiene tal amor por nosotros que, juntando el amor de todos los padres y madres en un solo corazón, sólo tendríamos una chispa del que arde en el suyo por nosotros. Por eso como todas nuestras penas y dolores estaban presentes a sus ojos se convertían en otras tantas heridas para su corazón paternal: *En verdad, Él tomó sobre sí nuestras dolencias y soportó nuestros dolores*¹.

¿Cuál no será entonces nuestra obligación de honrar a este Corazón que ha soportado tantas heridas por amor nuestro? Cuántos motivos tenemos para temer come-

1. Is. 53,4; cfr. Mt. 8,17.

ter nuevos pecados que le hacen pronunciar esta queja: *Porque acosan al que tú has herido, cuentas las llagas del que tú has lacerado*¹.

¡Cómo debemos temer ser del número de quienes San Pablo dice que crucifican de nuevo a Cristo!². ¡Con qué afecto debemos aceptar y padecer todas las aflicciones que nos suceden puesto que Él las ha sobrellevado primero por amor nuestro! ¿No deben acaso parecernos dulcísimas sabiendo que ellas pasaron por su amabilísimo Corazón? ¡Pero qué horror debemos experimentar de nuestros pecados que causaron tantas heridas y dolores al divino Corazón de nuestro Redentor!

Leemos en la vida de San Francisco de Borja, jesuita, que hablando un día ante el crucifijo a un gran pecador a quien exhortaba a la conversión, como permaneciera endurecido en su crimen, el crucificado le habló exhortándolo a hacer lo que su servidor le decía, y al mismo tiempo vertía sangre de todas sus llagas. Así nuestro Señor

1. Sal. 68 (69).27.

2. Hb. 6,6.

le daba a entender que estaba dispuesto a derramar una vez más su sangre y a morir por su salvación si fuera necesario. Y como a pesar de esa bondad indecible el miserable seguía endurecido, salió un chorro de sangre de la llaga del costado que al caer sobre él lo dejó tendido muerto en ese lugar. Dejo que concluyas tú mismo que sería de su alma. ¡Oh Dios, qué horrendo espectáculo!

Aprendamos de esta lección que no es por culpa de nuestro Redentor el que no seamos salvos. Pero hay corazones tan duros, que aunque bajase del cielo para predicarles personalmente y aunque lo vieran cubierto de llagas y bañado en su sangre no se convertirían. ¡Oh Dios mío, no permitas que seamos de ese número! Danos la gracia de abrir nuestros oídos a la voz de todas las sagradas llagas de tu cuerpo y de tu Corazón que son otras tantas bocas por las que Tú nos gritas sin cesar: *Volved, pecadores, al corazón*¹, es decir, a mi Corazón que es todo vuestro puesto que lo he dado totalmente a vosotros. Volved a ese Cora-

1. Is. 46,8 (según Vulgata).

zón benignísimo de vuestro Padre, que desborda de amor y de misericordia hacia vosotros; Él os recibirá y os alojará en sus entrañas y os colmará de toda suerte de bienes. Renunciad al partido del infierno, huid de todas las ocasiones de mal y practicad todas las virtudes. Dichosos los que se rinden a esa voz; pero ¡ay! de los que cierran sus oídos y endurezcan sus corazones como el infortunado de que acabamos de hablar. *El terco se acarrea desgracias*¹. ¡Ay del corazón duro porque perecerá para siempre y sufrirá tormentos indecibles!

Te doy mi corazón, Salvador mío. Guárdalo de esa desdicha. Madre de misericordia, también te lo doy a ti para que lo presentes a tu Hijo y le ruegues que lo coloque dentro del número de los corazones que amarán al Hijo y a la Madre eternamente.

1. Eccli. 3,27.

Capítulo XI

El Corazón de Jesús es uno solo con el Corazón del Padre y del Espíritu Santo y una hoguera de amor por nosotros

Todos saben que la fe cristiana nos enseña que las tres personas de la Santa trinidad tienen una misma divinidad, poder, sabiduría y bondad, un mismo espíritu, una misma voluntad y un mismo corazón. De ahí que nuestro Salvador, en cuanto Dios, sólo tiene un Corazón con el Padre y el Espíritu Santo; y, en cuanto hombre, su Corazón humanamente divino y divinamente humano, es también uno solo con el Corazón del Padre y del Espíritu en unidad de espíritu, de amor y de voluntad.

Por eso, adorar al Corazón de Jesús es adorar al Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es adorar un Corazón que es una hoguera ardiente de amor por nosotros. En esa hoguera debemos hundirnos ahora para arder en ella eternamente. ¡Ay de los que sean arrojados en la horrible hoguera del fuego eterno, preparada para el diablo y sus ángeles! Pero dichosos los que sean arrojados en el fuego eterno del amor divi-

no por nosotros que abrasa el Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Para animarnos a sumergirnos gozosos en él veamos cuál es ese fuego y ese amor.

¿Quieres saber cuál es el amor del Corazón paternal de nuestro divino Padre que es el Padre de Jesús. Escucha a San Pablo: *No perdonó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros*¹. Lo envió a este mundo y nos lo dio para demostrarnos su amor, sabiendo desde antes de enviarlo de qué manera lo iríamos a tratar. Sabía que, debiendo nacer en la tierra para que los hombres pudieran vivir en el cielo, su divina Madre buscaría un lugar para darlo a luz y no lo encontraría: *No encontraron sitio para ellos en la posada*²; que apenas nacido los hombres lo buscarían para asesinarlo y se vería obligado a huir y a esconderse en país extranjero; que cuando comenzara a predicarles e instruirlos lo tratarían como a insensato y querrían amarrarlo como si hubiese perdido la razón; que al anunciar la Palabra de su Padre varias veces coge-

1. Ro. 8.32.

2. Ro. 8.32.

rían piedras para lapidarlo, lo llevarían a la cumbre de una montaña para desde allí precipitarlo; que lo atarían como a un criminal, le harían sufrir toda clase de ultrajes y tormentos y lo harían morir de la muerte más infamante y cruel del mundo. Que después de su resurrección ahogarían la creencia en ella para aniquilarlo enteramente; que habiendo establecido la Iglesia y los sacramentos para aplicar a las almas los frutos de su Pasión y de su muerte, la mayoría de los cristianos abusarían de ellos, los profanarían y los harían servir para su mayor condenación; en fin, que después de todos sus trabajos, sufrimientos y muerte, la mayoría de los hombres pisotearían su sangre preciosa y harían inútil lo que Él había hecho por su salvación y se perderían desdichadamente.

Todo esto consideraste, Padre adorable, y sin embargo, no dejaste de enviarnos a tu Hijo amadísimo. ¿Quién te obligo a ello? El amor de tu Corazón paternal hacia nosotros, tan incomprensiblemente que podemos decir: Padre de las misericordias, parece como si Tú nos amaras más que a tu Hijo y que a Ti mismo pues que Él es una sola cosa contigo. Hasta podemos decir que

parece como si por amor a nosotros odia-
ras a tu Hijo y a Ti mismo. ¡Oh bondad in-
comprensible, oh amor admirable! Esto es
algo del amor infinito del amable Corazón
del Padre eterno por nosotros.

¿Quieres conocer ahora el amor incom-
prensible del divino Corazón del Hijo de
Dios por nosotros? Escucha lo que dice:
*Como el Padre me amó así os he amado Yo*¹.
Mi Padre os ama tanto que por amor a vo-
sotros me entregó a la muerte y muerte de
cruz. Y Yo os amo tanto que me abandoné
por amor a vosotros al poder de las tinie-
blas y a la rabia de mis enemigos: *Ésta es
vuestra hora y el poder de las tinieblas*².
¡Oh Salvador mío! puedo decirte con tu fiel
servidor San Buenaventura que *Tú me amas
de tal manera que pareces odiarte a Ti mis-
mo por mí*.

Vengamos ahora al amor del Espíritu
Santo. Él es el Corazón del Padre y del Hijo.
¿Cuándo este divino Espíritu formó al Hom-
bre-Dios en las sagradas entrañas de la San-
ta Virgen si sabía bien lo que íbamos a ha-

1. Juan 15,9.

2. Lc. 22,53.

cer de Él? ¿Sabía acaso las indignidades y crueldades que los hombres ejercitarían contra Él? ¿Que harían todo esfuerzo para aniquilar su obra maestra que es ese Hombre-Dios? Lo sabía muy bien y sin embargo no dejó de formarlo en el seno de la Virgen, de hacerlo nacer en el mundo para nosotros, de mostrarse en forma de paloma sobre su cabeza, en el río Jordán, para darnoslo a conocer, de conducirlo al desierto para que allí hiciera penitencia por nuestros pecados, de animarlo para que nos predicara su Evangelio y nos anunciara las verdades del cielo. *El Espíritu del Señor está sobre mí...*¹ y de llevarlo a que se sacrificara a sí mismo en la cruz para nuestra redención. *Por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo*². ¡Oh amor sin igual, tener más amor por el pecador y el criminal que por el Hombre-Dios, que es el Santo de los santos! ¡Por un esclavo de Satanás que por el Hijo único de Dios, por un tizón del infierno que por el Rey del cielo! ¡Oh prodigio sin igual! ¡Quién te encantó de esa manera! Perdónala-

1. Lc. 4,18.

2. Heb. 9,14.

me, Espíritu adorable que te hable así pero no es acaso cierto que parece como si el amor excesivo que nos tienes te hubiera hechizado a ti también, como al Padre y a su Hijo único? ¡Cuán cierto es lo que se dice que *amar y conocer apenas si se le concede a Dios!*

De esa manera nos aman el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. *De tal manera amó Dios al mundo*¹. En verdad el divino Corazón es hoguera de amor por nosotros.

¿Qué haremos nosotros para corresponder a semejante bondad? ¿Qué pides de nosotros, Dios mío? ¿Es que no oyes su voz que te está gritando desde tanto tiempo: *¡Dame, hijo mío, tu corazón!*².

Un gran prelado, Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Méjico, en las Indias, en América, en la Nueva España, en carta que escribió a los padres de su orden reunidos en Tolosa en 1532, asegura que antes que los habitantes de dicha ciudad de Méjico se hubieran convertido a la fe, el diablo a quien adoraban en sus ídolos ejercía

1. Juan 3,16.

2. Prov. 23,26.

sobre ellos tiranía tan cruel que los obligaba a degollar todos los años más de veinte mil niños y a abrirles las entrañas para arrancarles el corazón y ofrecerlo en sacrificio quemándolo sobre carbones encendidos a manera de incienso. Si en la sola ciudad de Méjico se inmolaban cada año a Satanás más de veinte mil corazones de niños, os dejo concluir cuántos se le sacrificarían cada año en todo el reino de Méjico.

Adoramos a un Dios que no exige de nosotros cosas tan extrañas. Pide, claro está, nuestro corazón pero no quiere que lo arranquen de nuestro pecho para sacrificárselo. Se contenta con que le entreguemos los afectos, especialmente los dos principales que son el amor y el odio. El amor para amarlo con todas nuestras fuerzas y por encima de todas las cosas; el odio para odiar únicamente el pecado. ¿Qué puede haber de más dulce que amar la bondad infinita de la que no hemos recibido sino toda clase de bienes?

¿Qué puede haber de más fácil que odiar lo más horrible que hay en el mundo y que es la causa única de todos nuestros males? Ciertamente si rehusamos nuestro corazón a quien desde hace tanto tiempo nos lo está

pidiendo, corazón que le pertenece por infinidad de razones, todos aquellos paganos que sacrificaron al diablo los corazones de sus hijos, se levantarán contra nosotros y nos condenarán en el día del juicio. ¡Qué confusión será la nuestra cuando el verdadero y legítimo rey de nuestros corazones nos muestre a aquellos pobres idólatras y nos diga: éstas son gentes que arrancaron el corazón del pecho de sus propios hijos para inmolarlos a Satanás y vosotros me habéis rehusado los afectos del vuestro! No permitamos que se nos haga reproche semejante; entreguemos hoy mismo, de manera irrevocable y total, nuestro corazón al que lo ha creado y rescatado y que tantas veces nos ha hecho don del suyo.

La historia de las cruzadas por la liberación de Tierra Santa, escrita por un padre de la Compañía de Jesús, refiere que en 1098, Gefroy de la Tour, noble limusino, uno de los más valientes guerreros del ejército cristiano, que combatía contra los infieles, habiendo oído los rugidos de un león que parecía quejarse de un gran mal, entró en el bosque cercano y, corriendo hacia el lugar de donde provenía el lamento, vio como una horrible e inmensa serpiente en-

volvía con sus anillos las patas y el cuerpo del león. Lo había puesto fuera de combate y amenazaba con clavarle su veneno. Impresionado por el peligro del león, logra matar con su espada la serpiente. Entonces el pobre león, al verse libre y reconociendo al autor de su libertad, vino a darle gracias de la manera que pudo, festejándolo y lamiéndole los pies; se apegó a él como al que le debía la vida, nunca más lo quiso abandonar y lo seguía por doquiera como un perro fiel sin hacer mal a nadie sino a quienes ofendían a su dueño. Con él iba al combate y a la caza, surtiéndolo con abundancia de presa. Pero lo más admirable fue que, como el capitán del navío en el que Gefroy regresó a Francia después de la Cruzada no permitió que el león acompañara a su dueño, la pobre fiera desesperada se arrojó en el mar nadando siempre detrás del navío hasta que le faltaron las fuerzas y se ahogó prefiriendo morir a verse separada de su amo.

¿No debiéramos morir de confusión al ver como una fiera nos da lecciones de gratitud hacia nuestro supremo bienhechor? ¿Habría que enviar a los cristianos a la escuela de las fieras para que aprendan lo que

deben a Dios? Tú, Salvador mío, me arrancaste de las garras del dragón infernal, diste tu vida para librarme de la muerte eterna del infierno y para hacerme vivir de una vida inmortal en el cielo. Que yo sea todo tuyo; que no viva sino para Ti; que te siga por todas partes; que todas las potencias de mi alma estén irremediablemente ligadas a tu divina voluntad; que no tenga yo sentimientos distintos de los tuyos; que no odie jamás nada sino a tu enemigo, que es el pecado; que no ame sino a Ti en todas las cosas y que prefiera morir antes que verme separado de mi amabilísimo Jesús!

Capítulo XII

El divino Corazón de Jesús es un tesoro inmenso que nos pertenece

Luego de considerar al Corazón adorable de nuestro Salvador como hoguera de amor por nosotros, veamos ahora que es tesoro inmenso de riquezas infinitas, que nos pertenece y cómo debemos servirnos de Él.

El divino Corazón de Jesús es un tesoro que encierra las riquezas todas del cielo y

de la tierra, de la naturaleza y de la gracia, de la gloria, de los ángeles y santos, de la santa Virgen, de la divinidad, de la Santa Trinidad, de todas las divinas perfecciones. Porque si San Juan Crisóstomo dice que la sagrada Virgen es *abismo de las inmensas perfecciones de la divinidad*¹, ¿con cuánta mayor razón lo será el Corazón adorable de Jesús?

Además ese Corazón es precioso tesoro que contiene todos los méritos de la vida del Salvador, los frutos de sus divinos misterios, todas las gracias que nos adquirió con sus trabajos y sufrimientos, todas las virtudes que practicó en grado infinitamente elevado, todos los dones del Espíritu Santo de los que fue colmado: *Descansará sobre Él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, etc.*². En una palabra, cuanto hay de grande, rico y admirable en el ser creado e increado, en el Creador y en las criaturas está encerrado en ese tesoro incomparable.

Ahora bien, ¿para quién será tan mara-

1. In Hor. ani.

2. Is. 11,2.

villosa tesoro? Para nosotros todos y para cada uno de nosotros, pues de nosotros depende entrar en posesión de él. ¿Por qué títulos ese tesoro nos pertenece? Por el título y derecho de donación. ¿Quién nos lo ha dado? El Padre de Jesús nos lo ha concedido al entregarnos a su Hijo. Y nos lo da continuamente porque *los dones de Dios son irrevocables*¹. El Hijo de Dios nos lo ha conferido también infinitas veces al darse a nosotros y nos lo da continuamente en la Eucaristía. El Espíritu Santo nos lo entrega también incesantemente. La Santa Virgen nos lo da continuamente porque ella no tiene sino un Corazón y Voluntad con su Hijo, quiere lo que Él quiere, y junto con Él nos otorga cuanto Él nos da.

Está comprobado que el Corazón amable de Jesús nos pertenece por completo y es nuestro Corazón. Podemos repetir con San Bernardo: *Diré audazmente que el Corazón de Jesús es mi corazón, pues si Jesús es mi cabeza, ¿cómo no ha de ser mío lo que es de mi cabeza? Así como los ojos de mi cabeza corporal son verdaderamente*

1. Rom. 11,29.

mis ojos, así el corazón de mi cabeza espiritual es de verdad mi Corazón. ¡Qué felicidad la mía pues es absolutamente cierto que no tengo sino un corazón con Jesús¹.

¿Pero de qué serviría a un hombre poseer un rico tesoro si se dejara morir de hambre, de sed y de frío frente a su tesoro? ¿Y si, por no pagar sus deudas, se dejara arrastrar a la prisión para pudrirse en ella? Así también ¿de qué nos serviría este gran tesoro si no hacemos uso de él? Porque Dios nos lo dio para que cumpliéramos nuestras obligaciones y pagáramos nuestras deudas.

Tales deudas son infinitas: somos deudores de Dios y de los hombres, del Creador y de las criaturas. Debemos al Creador cinco grandes cosas: 1. adoración, honor, gloria y alabanza; 2. amor; 3. acción de gracias por los beneficios que sin cesar recibimos; 4. satisfacción por nuestros pecados; 5. Donación de nosotros mismos pues le pertenecemos por infinitas razones. Añade a ellos la oración que se funda primero en nuestra pobreza e indigencia pues nada somos ni tenemos por nosotros mismos y lue-

1. D. Bem. Tract. de Pass. Domini, cap. 3.

go en que Dios es el supremo bien y la fuente de todo bien, y su bondad infinita le infunde deseos infinitos de colmarnos de sus bienes; pero Él quiere, y es justo, que se los pidamos con nuestras oraciones.

Pues bien, para pagar esas deudas debes hacer lo siguiente: Es necesario ante todo que estés en gracia de Dios. Luego de celebrar la misa, si eres sacerdote, o de participar en ella, y principalmente después de haber comulgado, acuérdate de que tienes en tu pecho al divino Corazón de Jesús, y con Él las tres Personas divinas.

Dirígete en primer lugar al Padre diciéndole con todo respeto y humildad, con éstas o parecidas palabras:

«Padre santo, te debo honor, gloria, amor, alabanzas, adoraciones, acciones de gracias y satisfacciones infinitas; y me debo yo mismo a Ti por infinitas razones. Por mí mismo nada soy ni tengo para pagar esas deudas. Pero ahí tienes el divino Corazón de tu Hijo amadísimo, que Tú me diste. Te ofrezco para cumplir las obligaciones que tengo de adorarte, honrarte, alabarte, glorificarte, amarte, darte gracias, satisfacer por mis pecados, darme a ti y rogarte por ese mismo Corazón que me concedas las

gracias que necesito. Es ése mi tesoro, el que Tú me has dado en el exceso de tus bondades; recíbelo, te lo ruego, Padre de las misericordias, y dignate pagarte con tus propias manos, tomando de ese sagrado tesoro para satisfacer plenamente todas mis deudas».

Dirígete luego al Hijo de Dios, ofreciéndole ese mismo tesoro, o sea, su propio Corazón, como también el de su Santa Madre que en cierta manera es un solo Corazón con el suyo y que le es más agradable que todos los corazones del Paraíso.

Harás lo mismo con respecto al Espíritu Santo.

Te acordarás luego de las obligaciones que tienes con la Madre de Dios que te ha dado un Salvador con los bienes infinitos que se derivan de ese don maravilloso; ofrécele el amable Corazón de su Hijo amadísimo en acción de gracias por los favores que has recibido de esa divina Madre. Ofrécele también el mismo Corazón en reparación y suplemento de tus negligencias, ingratitudes e infidelidades con ella. Así lo indicó ella misma a santa Matilde cuando se dolía de las negligencias cometidas en su servicio; le pidió ella que le ofreciera este

santísimo Corazón de su Hijo, asegurándole que esto le sería mucho más agradable que todas las devociones y ejercicios de piedad.

Y considerando además que eres deudor a los ángeles y a los santos por haber intercedido tantas veces por ti, ofréceles a todos en general y a cada uno en particular tu inmenso tesoro, en acción de gracias, como suplemento de tus deficiencias con ellos y para aumento de su gloria y su alegría.

Piensa también qu estás en deuda con tu prójimo. Debes amor a todos, aún a tus enemigos, asistencia a los pobres según tus posibilidades, respeto y obediencia a tus superiores, etc. Para satisfacer a todas estas obligaciones, ofrece a nuestro Salvador su divino Corazón en reparación de las fallas en ello cometidas; ruégale que las repare por ti y que te dé las gracias que necesitas para cumplirlas perfectamente en lo venidero.

Encuentro en los libros de Santa Matilde que cuando una persona le pidió que rogara por ella a Nuestro Señor para que le diera un corazón humilde, puro y caritativo, ésta fue la respuesta que Él dio a la santa:

busque en mi Corazón todo cuanto desea y necesita y pídalo como un niño pequeño; pida confiadamente a su Padre lo que desea. Si desea la pureza de Corazón que acuda a la inocencia; si desea la humildad que la reciba de mi humildísimo Corazón; que de Él tome también mi amor con toda mi santa vida apropiándose con confianza de todo lo bueno y santo que hay en ese Corazón puesto que lo he dado plenamente a mis hijos.

Es ése el tesoro inmenso e inagotable que nuestro buen Jesús nos ha dado, del que podemos tomar confiadamente cuanto necesitamos, mientras tenemos ese rico tesoro. Porque si lo perdemos por el pecado ¡qué horrenda pérdida! Si la conociéramos debidamente, aún cuando viviéramos hasta el día del juicio y no cesáramos de llorar hasta formar un mar de lágrimas de sangre nada sería para deplorar debidamente semejante desgracia. Y aunque los ángeles y los santos bajaran del cielo a consolarnos, jamás podrían secar nuestras lágrimas. *¡Ay, cuánto ha perdido el que perdió a su Dios,* exclama San Agustín. Y nosotros podemos decir: *¡Cuánto ha perdido el que perdió el Corazón de Jesús!* ¿Quién podría compren-

der la inmensidad de esa pérdida? ¿Quién podría expresarla? ¿Quién podría deplorarla dignamente?

Y sin embargo después de haber perdido tantas veces ese infinito tesoro, tú, insensato, actúas como si nada hubieras disipado, cuando deberías mostrar tu dolor y llorar con lágrimas de sangre. ¡Qué horror deberías concebir de tus pecados, causantes de semejante desastre! ¡Cuánto temor de recaer en él! ¡Qué urgencia de buscar todos los medios para preservarte! Deberías estar dispuesto a perderlo todo en lugar del Corazón amabilísimo de nuestro Redentor. Porque una vez perdido Él, todo está acabado. ¡Perdámoslo ante todo: bienes de la tierra, amigos, salud, todas las vidas imaginables, millones de mundos! Concédenos esa gracia Salvador mío. Madre de Jesús, alcánzanosla de tu amadísimo Hijo.

Capítulo XIII

**Jesús nos ama como lo ama su Padre.
Qué debemos hacer para amarlo**

Acabamos de ver el gran número de

efectos admirables del amor que abrasa el Corazón sagrado de nuestro Salvador por nosotros. Pero hay uno que los supera a todos: está expresado en las maravillosas palabras salidas de su divino Corazón y pronunciadas por su boca adorable: *Como el Padre me ha amado así os he amado Yo*¹.

Detengámonos un poco a pensar bien esas palabras: YO OS AMO. ¡Qué palabra tan dulce, encantadora y consoladora del soberano monarca del universo! YO OS AMO dice nuestro buen Jesús. Si un príncipe o rey de la tierra se tomara la pena de transportarse a la casa del último de sus súbditos para decirle: vengo expresamente para asegurarte que te amo y que te haré sentir los efectos de mi amor, ¡qué alegría para aquel hombre! Pero si un ángel o un santo o la Reina de los santos apareciera en medio de una iglesia repleta de fieles para decir públicamente, en voz alta, a algunos de ellos: «te amo, mi corazón es tuyo», ¡qué transportes, qué entusiasmos los de ese hombre; ¿no moriría acaso de alegría? Sin embargo aquí hay algo infinitamente más importante. El Rey de reyes, el Santo de

1. Juan 15,9.

los santos, el Hijo único de Dios, el Hijo único de María que bajó expresamente del cielo para decirte YO OS HE AMADO. Yo el Creador de todas las cosas, que gobierno el universo, que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra, que hago lo que quiero, a cuya voluntad nadie puede resistir, YO OS AMO. ¡Qué palabra tan gloriosa para nosotros, Salvador mío! No era ya favor insigne que nos dijeras: pienso a veces en vosotros; pongo mis ojos en vosotros una vez al año; tengo algunos buenos designios sobre vosotros. Pero eso no le bastó; Tú quieres asegurarnos que nos amas. Y que tu Corazón rebosa de ternura por nosotros. Por nosotros que nada somos; por nosotros, gusanos de tierra; por nosotros, miserables pecadores que tanto te hemos ofendido, por nosotros que tantas veces hemos merecido el infierno: YO OS HE AMADO.

¿Pero en qué forma nos ama ese adorable Salvador? Escucha: COMO MI PADRE ME AMÓ. Os amo con el mismo amor con que me ama mi Padre. ¿Con qué amor ama a su Hijo ese divino Padre? Es un amor que tiene cuatro grandes cualidades, que se encuentran por lo mismo en el amor del Corazón de Jesús para con nosotros.

1. El amor del Padre por su Hijo es infinito, sin límites ni medida; es amor incomprendible e inexplicable; amor tan grande como la esencia misma del Padre eterno; mide, si puedes, la extensión y grandeza de la esencia divina y medirás la grandeza del amor de ese Padre adorable por su Hijo. Al mismo tiempo habrás medido la extensión del amor del Hijo de Dios para con nosotros pues dice amarnos con el mismo amor con que es amado por su Padre Dios.

2. El amor del Padre por su Hijo es amor eterno que llena todos los espacios de la eternidad. El Padre ama a su Hijo desde toda la eternidad y nunca ha estado sin amarlo. Lo ama sin interrupción y lo amará eternamente. ¡Salvador mío, qué gozo siento al verte amado como lo mereces! Los judíos ingratos, los demonios y los condenados te odian, pero no por eso eres menos amable y tu Padre te ama más en cada instante que lo que podrían odiarte esos pérfidos en mil eternidades.

Y como el Padre ama a su Hijo con amor eterno, el Hijo de Dios nos ama también de manera que toda la eternidad está llena de su amor por nosotros. ¿No es acaso verdad que si hubiéramos existido desde toda la eterni-

dad hubiéramos debido amar al Salvador desde toda la eternidad? ¿Y si viviéramos por una eternidad sobre la tierra no deberíamos emplearla en amar al que nos ama con amor eterno? Sin embargo a pesar de los breves días de nuestra existencia en el mundo, los empleamos en amar las basuras y bagatelas de la tierra con ingratitud condenable.

3. El amor del Padre por su Hijo es amor inmenso, que llena los cielos y la tierra y hasta el infierno. En el cielo lo ama mediante los corazones de los ángeles y de los santos. En la tierra, mediante los corazones que le pertenecen. En el infierno porque lo ama dondequiera que está y las tres divinas personas están presentes y actúan en el infierno tanto como en el cielo.

De la misma manera el amor de nuestro Salvador llena el cielo, la tierra y el infierno. En el cielo incita a todos sus moradores a amarnos como a sí mismos. Los hace partícipes del amor que Él nos tiene y nos ama por ellos. En la tierra nos ama porque está presente en ella, la creó y la conserva y gobierna las cosas del universo por amor a nosotros. Lo que hace decir a San Agustín: *El cielo y la tierra y cuanto hay en ellos no cesan de decirme que ame a mi Dios. Fi-*

nalmente porque prohíbe a los habitantes de la tierra, bajo pena de condenación perjudicarnos en nuestros bienes, en nuestra reputación, en nuestras personas ni en nada que nos pertenezca y les ordena que nos amen como a sí mismos.

Ese amor inmenso de nuestro Redentor llena no solamente el cielo y la tierra sino también el infierno. Porque encendió los fuegos eternos para que nuestros corazones ardieran en el fuego de su divino amor, es decir, que al considerar que por nuestros pecados hemos merecido las llamas eternas y que nuestro Salvador nos libró sufriendo por nosotros los tormentos de la cruz, nos obliguemos a amarlo. ¡Oh Dios mío, Tú nos amas por doquiera y nosotros, ingratos, en todas partes te ofendemos! ¡No lo permitas más! Haz en cambio que te amemos y bendigamos por doquiera: *En todo lugar de su imperio bendice, alma mía, al Señor*¹.

4. Podría también hacerte ver que el amor del Padre eterno por su Hijo es amor esencial; lo ama en efecto con todo lo que Él es, y es todo corazón y amor por Él. Tam-

1. Sal. 102 (103),27.

bién el amor del Hijo de Dios por nosotros es amor esencial; todo lo que Él es, en su divinidad, en su humanidad, en su alma, en su cuerpo, en su sangre, en sus pensamientos, palabras, acciones, privaciones, humillaciones, sufrimientos, todo lo que es y tiene y puede lo emplea en amarnos.

Pero hay un efecto de su amor que sobrepasa a todos los demás. El doctor en teología Luis Bail refiere que en cuatro lugares de los libros de Santa Brígida, aprobados por tres Papas y dos concilios generales, el divino Salvador y su santa Madre revelaron a esa santa que cuando Él estaba en la cruz sufrió por amor a nosotros dolores tan vivos, tan penetrantes, violentos y terribles que su adorable Corazón se rompió, ¡estalló! *«Mi corazón estaba saturado de dolor y al abrir los ojos vi a mi queridísima madre abismada en un mar de angustias y de lágrimas, lo que me afligía más que mis propios sufrimientos; vi también a mis amigos aplastados por la pesadumbre. En este suplicio, mi corazón estalló por la violencia del dolor y fue entonces cuando mi alma se separó de mi cuerpo»*¹.

1. Revel. extr. cap. 51.

Y en otra ocasión el Salvador dijo también a Santa Brígida: *Pocas personas piensan con cuántos dolores estaba clavado al madero de la cruz cuando mi corazón se rompió; se destrozó por la violencia de los dolores: mi corazón estalló*¹.

Oigamos ahora a la santa Virgen qué dijo a la misma santa que al acercarse la muerte de su Hijo *su corazón se hendió por la violencia de los dolores*².

Encuentro algo semejante en el ejercicio 10.º de las INSINUACIONES DE LA DIVINA PIEDAD de Santa Gertrudis en el que ella habla así a nuestro Redentor: *Tu divino Corazón se rompió en tu muerte por el exceso de tu amor por mí*³. De suerte que podemos decir que moriste de amor y de dolor por mí. Y es esto lo que cada uno de nosotros puede decir también con toda verdad.

Gran Dios ¿quién oyó nunca algo semejante? Oh pecador, ¿no abrirás tú los ojos para reconocer el amor de tu Salvador? Oh corazón humano, ¿no te impresiona amor tan ardiente? ¿No te rendirás? ¿No te con-

1. Ib. cap. 106.

2. Rev. L. 1, cap. 10.

3. Exerc. Laudis et Grat. actionis.

vertirás? ¿No amarás a quien tanto amor tiene por ti?

¿Hasta cuándo permanecerá tu corazón sepultado en el fango de la tierra? ¿En el estiércol y en las vanidades de este mundo? ¿No querrás amar al que es todo corazón y todo amor por ti, y te promete un imperio eterno si quieres amarlo? Esto es lo que pide de ti pues después de pronunciar aquellas palabras: *Yo os amo como mi Padre me ha amado*, añade: *Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y he permanecido en su amor*¹. Después de lo cual nos sigue diciendo: *Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno*².

Por consiguiente, ¿quieres dar una gran alegría a tu Salvador y hacer que tu corazón esté alegre y contento, y que comiences tu paraíso en la tierra? Ama a tu Salvador sobre todas las cosas y a su prójimo como a ti mismo. Eso es todo. Oh Jesús, te

1. Juan 15,9-10.

2. Juan 15,11.

doy enteramente mi corazón. Madre de Jesús, te lo doy también, con los corazones de mis hermanos y hermanas; ofrécelos, te ruego, a tu Hijo y ruégale que tome de ellos posesión plena y eterna.

Oh Creador mío, te debo más que mi cuerpo y mi alma porque me has dado los tuyos, tu vida y a ti mismo. ¿Cómo te pagaré? Si yo tuviera millones de vidas y te las ofreciera millones de veces en cada momento nada sería. Pero como tengo tanta obligación contigo y nada puedo pagarte, ven Tú mismo y ejecútame y toma lo que tengo. Te ofrezco las potencias de mi alma, los sentidos de mi cuerpo, todos mis miembros, mi corazón y mis entrañas; los sacrifico por entero a tu adorable voluntad para que ella haga con ellos lo que le sea más agradable. No quiero ojos sino para mirar lo que Tú quieres que mire, ni oídos sino para obedecer a tu santa palabra. Que me arranquen la lengua si no me sirvo de ella sino para bendecirte; que mi corazón estalle en mi pecho si no te ama; que pierda la memoria si no me sirve para acordarme de ti; que me falle la razón si no te conozco y te admiro; que me corten las manos si no las empleo en tu servicio. No quiero pies

sino para buscarte y seguirte. No quiero voluntad sino para querer o no querer según lo dispongas lo que más deseo en todas las cosas es tu beneplácito. Haz de mí lo que Tú quieres puesto que has hecho por mí más de lo que yo hubiera atrevido a querer o desear. Me abandono enteramente entre tus manos, Dios mío, que quieres mi bien más que yo mismo, pues eres el único en conocerlo y el único que puede concedérmelo.

Capítulo XV

Cuarenta llamas de amor al Corazón de Jesús

1. Corazón admirable de mi Jesús, me llena de alegría contemplar en Ti las grandezas, tesoros y maravillas de todos los seres creados e increados.

2. Divino Corazón, objeto primero del amor del Padre eterno y del tuyo propio, me entrego a Ti para abismarme por siempre en ese amor.

3. Corazón adorable del Hijo único de María, mi corazón se llena de gozo al comprobar que tienes más amor por esa amable

Virgen que por todo cuanto ha sido creado, y que ella también te ama más que todas las criaturas juntas. Entrego mi corazón a ese amor mutuo del Hijo y de la Madre.

4. Amabilísimo Corazón de mi Salvador, te ofrezco el amor que arde por ti en los corazones de los divinos amantes y les ruego que asocien mi corazón a los suyos en este mismo amor.

5. Oh Jesús, Rey legítimo y soberano de todos los corazones, sé Tú el Rey de mi corazón y que yo sea todo corazón y amor por Ti como Tú eres todo corazón y amor por mí.

6. ¿A dónde escaparé, buen Jesús, de tu justicia si no me ocultas en tu Corazón?

7. Corazón admirable, principio de mi vida, que sólo viva en Ti y por Ti.

8. ¡Cuán caro te ha costado, amabilísimo Corazón, puesto que me has comprado con la última gota de tu sangre! ¡Qué alegre estaría mi corazón si pudiera darte la última del suyo!

9. Tú me has colmado, Corazón bondadoso, de tus gracias y favores; que todos los actos de mi Corazón sean de amor y de alabanzas a ti.

10. Corazón benignísimo, nunca has es-

tado sin amarme; que toda la inspiración de mi corazón sea amor por Ti.

11. ¡Oh Corazón caritativo, que has muerto por darme la vida, que yo viva de tu vida, que muera de tu muerte y por tu amor!

12. Tu Corazón, oh Jesús, está abrasado de purísimo amor por mí; que también yo te ame, no buscando mi interés temporal o eterno sino únicamente por amor a Ti.

13. Tu Padre, oh mi Jesús, ha puesto todo en tus manos y tu amor las mantiene siempre abiertas para dármelo todo; que cuanto soy y tengo sea enteramente tuyo y para siempre.

14. Dios de mi corazón, que el amor que te llevó a morir por mí me haga también morir por Ti.

15. Oh Corazón inmenso, ¿podrá haber algo mayor que Tú? ¿Y quién puede decirme que existe algo más grande, en el cielo o en la tierra, que aquél a quien yo he dado mi corazón?

16. Corazón de Jesús, eres Tú quien me ha dado a mi Jesús para que sea mi tesoro, mi gloria, mi vida y mi todo; haz que también yo sea todo para Él.

17. Hijo único de Dios, ¿cómo es posi-

ble que siendo el Hijo de tan buen Padre hayas querido tener un hermano tan malo como yo, que tanto he ofendido a ese Padre adorable?

18. Corazón lleno de sabiduría y de luz, que siempre estás pensando en mí y en los menores detalles que me conciernen; haz que mi espíritu y mi corazón estén también adheridos siempre a Ti y que yo te sirva fielmente en las cosas grandes y pequeñas.

19. Corazón poderoso, con tu poder destruye en mi corazón cuanto te desagrada.

20. Corazón inmenso, que me amas por doquier, que también yo te ame en todas partes y en todas las cosas.

21. Corazón fidelísimo, amor que quiere más a tus amigos en la adversidad que en la prosperidad, haz que yo te ame más en las aflicciones que en los consuelos.

22. Corazón del Rey de los humildes, abismo de humildad, aplasta en mí cuanto es contrario a esa santa virtud y hazla reinar plenamente en mi corazón.

23. Corazón obedientísimo, que has preferido perder la vida antes que desobedecer, haz que yo ame con ternura esa virtud sin la que es imposible agradar a Dios.

24. Corazón infinitamente más puro, que

los corazones angélicos, fuente de toda pureza, imprime en mi corazón un especial amor a la pureza y horror a todo lo que le es contrario.

25. Oh Corazón, hoguera ardiente de caridad, consume en nosotros lo que se opone a esa divina virtud y hazla reinar en los corazones de los hijos de Dios.

26. Oh divino Corazón, ¿quién puede comprender el odio infinito que tienes al pecado? Imprime ese odio en nuestros corazones para que no odiamos en este mundo sino a ese monstruo infernal que es el objeto único de tu odio.

27. Oh Padre de Jesús, ama a tu Hijo Jesús por mí y comunícame el amor que le tienes.

28. Oh Jesús, ama a tu Padre por mí y enciende mi corazón con el amor que le tienes.

29. Oh Espíritu adorable, que eres todo amor y caridad, ama a mi bondadoso Padre y a mi amabilísimo Jesús por mí y transforma totalmente mi corazón en amor hacia ellos.

30. Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, ama a tu divina Madre por mí y enciende mi corazón en el amor que le tienes.

31. Oh Madre de amor, ama a Jesús que

es tuyo y mío, por mí, y concédeme participar del amor que le tienes.

32. San José, San Gabriel, San Joaquín, Santa Ana, San Juan Bautista, San Juan Evangelista, San Lázaro, Santa Magdalena, Santa Marta, todos los apóstoles y discípulos de Jesús, todos los santos mártires, sacerdotes, levitas, santas vírgenes y todos los demás santos y santas, especialmente los preferidos del Corazón de Jesús y de María, amada a Jesús y a María por mí y suplicadle que me hagan según su Corazón, que me cuenten en el número de los hijos de su Corazón y me asocien al amor que vosotros les tendréis eternamente.

33. Oh mi Jesús, puesto que tu Padre me lo ha dado todo cuando te dio a mí, todos los corazones del universo me pertenecen; tomo, pues, todos esos corazones, quiero amarte con todo el amor de que eran capaces cuando los creaste para que te amaran.

34. Dijiste, Jesús mío, que viniste a la tierra para encender fuego en ella y que no tienes deseo mayor sino el de que ese fuego abraza todos los corazones¹. ¿Cómo es

1. Lc. 12,49.

que la tierra toda está llena de corazones de hielo para Ti? La única causa de ello es el pecado. Oh pecado, execrable, acepto gustoso verme reducido a cenizas para verte destruido en todas las almas.

35. Oh Corazón de mi Jesús, hoguera inmensa de amor, envía tus llamas sagradas a todos los corazones del universo para iluminarlos con tu luz celestial y encenderlos en tus divinos ardores.

36. Oh buen Jesús, por amor a mí tanto amaste la cruz, que tu espíritu llama día de las alegrías de tu Corazón al día de tus grandes sufrimientos; haz que yo ame y abrace de todo corazón las cruces que me vengan por amor a mi amabilísimo Crucificado.

37. Amabilísimos Corazones de Jesús y de María, que sois uno solo por unidad de espíritu, de voluntad y de afecto, haz que este indigno hijo vuestro sólo tenga un corazón con vosotros y con todos los corazones que os pertenecen.

38. Oh Corazón de Jesús, ya que el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo te ha entregado a mí al darme a Jesús, y eres verdaderamente mi Corazón, ama por mí todo lo que debo amar y de la manera como Dios quiere que yo ame.

39. Oh Corazón de Jesús y de María, tesoro inestimable de toda clase de bienes, sé Tú mi único tesoro, mi refugio, mi salvaguardia. Es a Ti a quien puedo acudir en todas mis necesidades; aunque todos los corazones de todos los hombres me engañaran y abandonaran tengo gran confianza de que el fidelísimo Corazón de mi Jesús y el de su benigna Madre, no me engañarán ni me abandonarán jamás.

40. Escúchame, escúchame, oh gran hoguera de amor, es una humilde brizna la que pide con humildad y encarecimiento verse abismada, absorbida, perdida, devorada y consumida en tus sagradas llamas para siempre.

DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA

I. El origen y el fundamento de esta devoción

La devoción al santísimo Corazón de la Santa Virgen Madre de Dios no es algo nuevo. Es tan antigua como la religión cristiana y el Evangelio, pues el evangelista San Lucas la menciona dos veces en el mismo capítulo de su Evangelio. En el v. 19 del capítulo 2.º dice: «*María conservaba estas cosas meditándolas en su Corazón*» y en el v. 51: «*Su Madre conservaba en su Corazón el recuerdo de todo aquello*».

Así pues, esta devoción tiene su origen y fundamento en el santo Evangelio. Porque si el Espíritu Santo que inspiró a los evangelistas cuanto ellos escribieron, quiso que uno de ellos nos hablara tan honrosamente del Corazón Virginal de la

Madre del Salvador y nos la presentara como la fiel depositaria de los principales misterios que obró en la tierra y como libro viviente y evangelio eterno en el que está escrita su vida, es para que a imitación suya honremos este Corazón perfecto digno de honor eterno.

El mismo Espíritu, que escogió al Corazón de la Madre del amor hermoso para tener en él su descanso y establecer el trono de su amor, no se contentó con evangelizárnoslo mediante San Lucas. Quiso utilizar también los oráculos y doctores de su Iglesia para anunciarnos sus eminentes perfecciones y para incitarnos a tributarle el honor y las alabanzas que le son debidos.

En efecto, muchos santos Padres como San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San León, San Bernardo, Beda el venerable, San Lorenzo Justiniano, San Buenaventura, San Bernardino de Siena y otros hablan de ella digna y santamente. Podrás comprobarlo a lo largo de este estudio y en el Oficio y la Misa compuestos en honor de este santísimo Corazón donde se les cita en diversos lugares.

El doctor y piadoso Ricardo de Saint-Laurent, penitenciario de Ruán, que vivió

hace más de cuatrocientos años, dice, en su obra de los doce libros de alabanzas de la Santa Virgen, que de ese Corazón partieron los dos primeros hechos que dieron comienzo a nuestra salvación, a saber, la FE y el CONSENTIMIENTO que ella dio a la palabra del Ángel; que ese Corazón es el primero entre todas las criaturas que fue digno de recibir en él al Verbo eterno salido del Corazón de su Padre para venir a este mundo; que en este Corazón pacífico la Misericordia y la justicia divina se dieron el beso de paz; que a ese Corazón materno, en el momento de la Pasión de nuestro Señor, lo afligieron mil heridas y violentos dolores por nuestros pecados; que llevó sobre sí nuestros dolores con los del Salvador y realizó de verdad aquellas palabras: *Ninguna herida como la de su corazón*¹ porque toda e íntegro el Corazón de esta Madre afligida fue traspasada por mil dardos de dolor.

El mismo autor nos advierte que el dignísimo Corazón de la Madre de Dios es como una biblioteca viviente que encierra

1. Eccli. 25,13.

cuanto de más singular y grande hay en todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. De ahí que lo llame *Archivo de las Escrituras*¹. Y añade que es un libro vivo en el que el dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, escribió la vida de Nuestro Señor Jesucristo².

El sabio y piadoso Juan Gerson, una de las lumbreras de la célebre Universidad de París, dice que el Corazón de la Madre del Salvador es como la zarza de Moisés, que arde siempre en el fuego de una ferviente caridad, sin jamás consumirse; que es el verdadero altar de los holocaustos sobre el que el fuego sagrado del divino amor se halla encendido día y noche; que el sacrificio más grato a Dios y más útil al género humano, después del sacrificio que Jesucristo hizo de sí mismo en la cruz, es el holocausto que la santa Virgen ofreció al Padre Eterno en el altar de su Corazón, cuando miles de veces y con tanto amor, ella le ofreció este mismo Jesucristo, su Hijo único y amadísimo. Jesucristo fue sa-

1. Lib. 12; Lib. 10.

2. Lib. 4 y 12.

crificado una vez en la cruz, pero innumerables veces fue inmolado por nosotros al Padre en el Corazón de su santa Madre.

Muchos otros eximios doctores, antiguos y recientes, han escrito con especial afecto sobre este tema, especialmente los que han comentado el capítulo segundo de San Lucas y las palabras del Cantar de los Cantares, 8,6: *Grábame como un sello en tu corazón* y éstas del capítulo 5,2: *Yo dormía pero mi corazón velaba*.

Santa Matilde, de la orden de San Benito, que vivía en el año 1300, es citada sobre este tema y muy alabada por el Padre Poiré y por el Padre Canisio, como excelente instrumento del espíritu de Dios y como oráculo del que se sirvió Jesucristo para comunicarse con los hombres.

Esta santa recibió de labios de Nuestro Señor muchas bellas instrucciones acerca de la devoción que Él deseaba se tuviera a su adorabilísimo Corazón y al Corazón amabilísimo de su Madre bendita¹.

Te das cuenta por consiguiente cómo la devoción al Corazón sagrado de la gloriosa

1. Lib. 1, cp. 2, 5, 18; Lib. 2, cp. 16, 17; lib. 3, cp. 2, 7.

Virgen está fundada en la autoridad del Evangelio, de los Padres y Doctores de la Iglesia y en la piedad de los santos. Ella toma su origen no sólo en la Sagrada Escritura, en los escritos y en los corazones de los santos sino sobre todo en el Corazón adorable de Jesús, Hijo único de María, que quiso constituirse él mismo en su doctor y su predicador.

II. Razones que nos obligan a tener devoción particular al santísimo Corazón de la Virgen María

Infinidad de razones nos obligan a imitar a los santos y santas que acabo de mencionar en su devoción especial al Corazón de la Madre del amor hermoso. Te enumero algunas de las principales.

1. La primera es que debemos honrar y amar las cosas que Dios ama y honra y en las que es amado y glorificado.

Pues bien, después del adorabilísimo Corazón de Jesús no ha habido jamás, en cielo y tierra, un corazón tan amado y honrado por Dios y que haya glorificado y amado tanto a Dios como el dignísimo Corazón

de la Madre del Salvador. Es el trono más excelso del amor divino. En ese Corazón sagrado tiene el amor de Dios dominio perfecto. Porque siempre reinó en él sin intermisiones y sin obstáculos y con él las leyes todas de Dios, todas las virtudes cristianas, los dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas.

2. Y es que la santa Trinidad encuentra en el santísimo Corazón de nuestra Señora un cielo de gloria y un edén de delicias. Porque, si, como lo desea el apóstol, los corazones de los fieles son morada de Jesucristo¹ y si el mismo Jesucristo nos asegura que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacen su morada en los corazones de los que aman a Dios² ¿quién puede poner en duda que la Santa Trinidad haya tenido siempre su mansión de manera inefable y sorprendente, en el Corazón virginal de quien es la Hija del Padre, la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo y que ella sola ama a Dios más que todas las criaturas juntas?

3. Además ese Corazón es el deposita-

1. Ef. 3,17.

2. Jo. 14,23.

rio sagrado de los misterios y portentos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo como lo afirma San Lucas: «*Y su Madre conservaba todo esto en su Corazón*»¹. Es, pues, un Evangelio vivo de la vida del mismo Jesucristo. Si debemos agradecer a los evangelistas que nos hayan dejado por escrito, en papel, los misterios de nuestra redención, con cuánta mayor razón, debemos estar agradecidos con la Madre del Redentor por haberlos escrito y conservado en su Corazón para comunicarlos luego a los santos apóstoles para que ellos los anunciaran al mundo. Por eso un gran doctor llamó a la Virgen la biblioteca de los Apóstoles². Lo que puede aplicarse también a su Corazón sacratísimo.

4. El Corazón amabilísimo de María es la fuente de sus piadosos sentimientos, de sus buenas palabras y acciones, de las virtudes que practicó y de la santidad de su vida. Porque así como, según dice el Señor, los malos pensamientos, palabras y obras proceden del corazón³, también los buenos nacen en él.

1. Lc. 2,51.

2. VIGERIUS, De Mysterio Incam. c. 20.

3. Mt. 15,19.

Si la Iglesia celebra fiestas en honor de acciones particulares de la Madre de Dios, como la Presentación, la Visitación, la Purificación, cuánto honor debemos tributar a su santo Corazón, fuente de cuanto hay en ella de santo, teniendo en cuenta, sobre todo, que es la sede del amor y éste es el principio, la medida y la regla de toda santidad.

5. La piedad popular ha conservado con veneración algunos objetos que se dice pertenecieron a la Madre de Dios; con cuánta mayor razón se debe honrar y celebrar con alabanzas a su Corazón, digno de todo honor¹.

6. ¿Quién podrá contar cuán encendido de amor estaba este Corazón incomparable para con su Hijo y con cuánta solicitud alimentaba, vestía y educaba a nuestro Salvador? Le debemos por ello gratitud sin medida.

7. Además, ¿cuánto reconocimiento debemos a ese Corazón tan lleno de caridad

1. San Juan Eudes menciona diversos objetos conservados en santuarios célebres de su época; en nuestros días su autenticidad se rechaza o al menos se pone en duda (N. del E.).

por nosotros? Si juntáramos en un solo corazón el amor de todas las madres que han existido, existen y existirán, sólo sería una chispa de esa hoguera ardiente de caridad que consumía el Corazón de la Madre del amor hermoso por todos sus hijos.

8. Aunque el Corazón de Jesús sea diferente del Corazón de María y lo sobrepase infinitamente en excelencia y santidad, Dios ha unido tan estrechamente esos dos corazones que podemos decir con verdad que no son sino un Corazón, animados por un mismo espíritu y por los mismos sentimientos y afectos.

Si San Bernardo, cuando habla del adorabilísimo Corazón de Nuestro Señor, nos da a entender que el Corazón del Salvador es nuestro corazón¹, con mayor razón podemos decir que ese mismo Corazón de Jesús es el Corazón de su santa Madre. Si se dijo de los primeros cristianos que no tenían sino un solo corazón y una sola alma por la mutua y estrecha caridad que los unía, con sobrados motivos, podemos afirmar que Jesús, Hijo de María, y María, Madre de

1. Tract. de Pass. Dom. cp. 3.

Jesús, no tienen sino un corazón y una sola alma, por la perfectísima coincidencia y armonía de espíritu, de voluntad, de sentimientos y de inclinaciones que existían entre ellos. Además Jesús de tal manera vive y reina en María que es de verdad el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el Corazón de su Corazón. Tan cierto es todo esto, que, hablando con propiedad, el Corazón de María es Jesús. Y así honrar y glorificar el Corazón de María es honrar y glorificar a Jesús.

9. La Iglesia canta todos los días al Hijo único de María: *Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron*¹ y San León² con San Agustín³ nos enseñan que la Virgen Madre concibió y llevó al Hijo de Dios en su Corazón antes de concebirlo y llevarlo en sus entrañas y que lo llevó en su vientre porque primero lo había llevado en su Corazón por su amor ardentísimo hacia Él; y si lo llevó nueve meses en sus entrañas lo llevó siempre y lo llevará eternamente en su Corazón. Pues bien, si alaba-

1. Lc. 11,27.

2. Serm. 1, de Nat. Dom.

3. Lib. de Sanct. virg. cp. 3.

mos y veneramos las sagradas entrañas que llevaron al Hijo del eterno Padre y los pechos que lo alimentaron, ¿qué honor y qué alabanzas no deberemos tributar a su dignísimo Corazón?

10. Por la profunda humildad, la pureza sin igual y el amor ardentísimo de su Corazón virginal esta Virgen de las Vírgenes cautivó el Corazón del Padre eterno, que es su Hijo mismo, y lo atrajo a su Corazón y a sus entrañas. Por esas virtudes fue elevada a la sublime dignidad de Hija primogénita del Padre, de Madre del Hijo, de Esposa del Espíritu Santo, de santuario de la Trinidad, de soberana del universo. Debido a ello nos fue dada por Madre, abogada y protectora. ¡Cuánta gloria merece su dichoso Corazón!

11. Este Corazón maternal fue traspasado por una espada de dolor al pie de la cruz de su Hijo. San Lorenzo Justiniano dice a este propósito que «el Corazón de la Virgen llegó a ser como un espejo terso de la Pasión de Jesucristo e imagen perfecta de su muerte»¹; ahora bien, como hemos sido nosotros, con nuestros pecados, la causa de

1. Lib. de Triumph. Agone Christi, cp. 21.

todos sus dolores, estamos en la obligación de tributarle toda la gloria que nos sea posible para reparar el disgusto y la angustia que le hemos proporcionado.

12. Así como debemos compartir las aflicciones de la santísima Virgen, debemos igualmente alegrarnos de sus consuelos. Y así como hemos causado amarguras a su alma debemos esmerarnos por acrecentar las alegrías de su Corazón mediante la alabanza y valiéndonos de cuantos recursos dispongamos para servir y honrar ese Corazón sin igual.

13. Este Corazón admirable es la imagen perfecta del Corazón divino de Jesús; es el ejemplar y el modelo de nuestros corazones; nuestra felicidad, perfección y gloria consiste en que nuestros corazones sean imágenes vivas del santísimo Corazón de María así como Él es la imagen perfecta del Corazón adorable de Jesús. De ahí que sea muy provechoso exhortar a los cristianos a la devoción al Corazón de la Virgen María. Ya que la suprema devoción, dice San Agustín, es imitar aquellos que honramos, invitar a los fieles a que honren el Corazón de la Madre de Dios es incitarlos a imitar sus eminentes virtudes, a grabar su imagen

en sus corazones y a ser dignos hijos del Corazón de Madre tan excelsa.

14. El Corazón de la Reina de los Ángeles no sólo es el prototipo y el ejemplar sino también, después del Corazón de Jesús, el Rey de todos los corazones que han sido creados para amar a Dios. Este Corazón no sólo debe ser considerado e imitado como modelo de todos los corazones sino que debe recibir de ellos los homenajes debidos a su Soberano.

III. Qué se entiende por Corazón de la santa Virgen

Si me preguntas qué se entiende por *Santísimo Corazón de la santa Virgen* es importante que antes tengas en cuenta que el término CORAZÓN tiene diversos sentidos en la Sagrada Escritura.

1. Significa el corazón material y corporal que llevamos dentro del pecho; él es la parte más noble del cuerpo humano, principio de la vida, primero en vivir y último en morir; es la sede del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, del miedo y demás pasiones del alma. De este corazón habla el

Espíritu Santo cuando dice: «*Por encima de todo guarda tu corazón porque de él brota la vida*»¹. Como si dijera: si diriges y regulas las pasiones y movimientos de tu corazón, ajustándolos a la razón y al espíritu de Dios, gozarás de vida corporal larga y tranquila y de vida espiritual santa y honrada. Pero si ellas se enseñorean de tu corazón te darán muerte temporal y eterna.

2. El término CORAZÓN se emplea en la Sagrada Escritura para significar la memoria como cuando dice el Señor a los apóstoles: «*Poneos en el corazón que no tenéis que preparar vuestra defensa*»², es decir: acordaos cuando os lleven por causa de mi nombre ante los reyes y los jueces de que no debéis preocuparos de lo que vais a responder.

3. Significa también el entendimiento mediante el cual hacemos la meditación. Ésta consiste en un discurrir y razonar sobre las cosas de Dios para persuadirnos y convencernos acerca de las verdades cristianas. Éste es el corazón que señalan aque-

1. Prov. 4,23.

2. Lc. 21,14.

llas palabras: *Acoge las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón*¹.

4. Expresa igualmente la voluntad libre que es la más noble de las potencias del hombre, la reina de las demás facultades, la raíz del bien y del mal, la madre del vicio y de la virtud. De este corazón hace mención Jesucristo cuando dice: *El que es bueno, de la bondad que almacena en su corazón saca el bien; y el que es malo saca el mal*². Un buen corazón, es decir, la buena voluntad del justo es un tesoro inapreciable del que sólo nace toda suerte de bienes; pero un corazón malo., o sea la mala voluntad del malvado, es fuente de toda maldad.

5. Corazón significa también aquella parte suprema del alma que los místicos llaman «la punta del espíritu» por la cual se realiza la contemplación. Ésta consiste en una exclusiva mirada y sencillísima visión de Dios sin razonamiento ni multiplicidad de pensamientos. En opinión de los santos Padres a esta parte se refiere el Espíritu

1. Sal. 19 (18),15.

2. Lc. 6,45.

Santo al hacer decir a la santa Virgen: *Yo duermo pero mi corazón vela*¹. Porque ni el descanso ni el sueño de su cuerpo le impedían, dicen San Bernardino de Siena y varios otros, que su Corazón, vale a decir la parte más excelsa de su espíritu, estuviera siempre unido a Dios mediante altísima contemplación².

6. A veces se entiende por corazón el interior del hombre, cuando pertenece al alma y a la vida interior y espiritual conforme a estas palabras del Hijo de Dios al alma fiel: *Grábame con un sello en tu brazo, como un sello en tu corazón*³. Es decir, imprime en tu alma y en tu cuerpo, mediante la perfecta imitación, la imagen de mi vida interior y exterior.

7. Puede significar el Espíritu Santo que es el Corazón de la santa Trinidad. Ella promete dárnoslo para que sea nuestro espíritu y nuestro corazón: *Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo*⁴. Y para darnos a entender cuál sea ese espíri-

1. Cant. 5,2.

2. Tom. 2, serm. 51.

3. Cant. 8,6.

4. Ez. 36,26.

tu y ese corazón añade: *Os infundiré mi espíritu*¹.

8. Al hijo de Dios se le llama en las Sagradas Escrituras el Corazón del Padre eterno. Porque de ese Corazón habla el Padre a su divina Esposa, la purísima Virgen, cuando le dice: *Me has raptado el Corazón, hermana y novia mía*². Y a ese mismo Hijo de Dios se le llama también *el aliento de nuestra boca*³, es decir, el alma de nuestra alma y el corazón de nuestro corazón.

9. También se toma el término CORAZÓN por la facultad y capacidad de amar que se puede alojar en la parte superior o inferior, material o sobrenatural del alma, como también el amor humano y divino que procede de esa facultad. A ese corazón se refieren las palabras: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*⁴, es decir, con toda la capacidad de amar que Él te ha dado.

Con estas premisas, paso a dar respuesta a la pregunta inicial. Entiendo por Corazón de la santa Virgen lo que su Hijo

1. Ez. 36,27.

2. Cant. 4,9.

3. Lam. 4,20.

4. Mt. 22,37.

amadísimo quiso decir con aquellas palabras que dirige a todos los cristianos, pero principalmente, a su divina Madre: *Grábame como un sello en tu corazón*¹.

Entiendo lo que ella quiere darnos a comprender cuando nos dice: *Yo duermo pero mi corazón vela*².

Entiendo lo que el Espíritu Santo quiere declararnos cuando nos dice en San Lucas: *María conservaba todas estas cosas en su corazón*³.

Y para hablar más claramente, entendemos por Corazón de la gloriosa Virgen esas nueve clases de corazones que acabamos de enumerar, que todos forman un solo Corazón en la Madre de amor. En efecto, por una parte todas las facultades de la parte superior e inferior de su alma han estado perfectamente conjugadas y por otra, Jesús, que es el Corazón del Padre eterno y el Espíritu Santo de Jesús, que es el Corazón de la santa Trinidad, le fueron dados a ella, para ser el Espíritu de su espíritu, el Alma de su alma y el Corazón de su corazón; ella se encon-

1. Cant. 8,6.

2. Cant. 5,2.

3. Lc. 2,19. 51.

traba, en efecto, más llena, penetrada, animada, poseída y conducida por Jesús y por su divino Espíritu que por su propio espíritu y su propio corazón.

Y podemos decir con verdad que todos esos corazones, que forman uno solo, están incluidos en estas palabras del Espíritu Santo: *María conservaba todas estas cosas meditándolas en su Corazón*. Porque:

1. Conservaba los misterios y maravillas de la vida de Jesús, su Hijo, en su Corazón sensible y corporal, principio de la vida y sede del amor y de las demás pasiones. Porque todos los latidos de ese Corazón virginal, las funciones de la vida sensitiva que de él procedían, y los actos de dichas pasiones, tenían por objeto a Jesús y cuanto acontecía en él: el amor para amarlo, el odio para detestar lo que es contrario, la alegría para regocijarse por su gloria y su magnificencia, la tristeza para afligirse por sus trabajos y sufrimientos. Y así de las demás pasiones.

2. María los conservaba en su Corazón o sea en su memoria, en su entendimiento, en su voluntad, y en lo más profundo de su espíritu. Porque todas las facultades superiores de su alma se hallaban permanente-

mente ocupadas en recordar, meditar, contemplar, adorar y glorificar la vida de su Hijo, hasta en el menor detalle, consciente de que nada había en Él que no fuera infinitamente grande y adorable; y si cuida con tanta solicitud de nuestras pequeñas cosas hasta contar nuestros pasos y los cabellos de nuestra cabeza, si recompensa con gloria eterna las menores acciones hechas por amor a Él, mucho más debemos considerar y honrar todo cuanto Él ha dicho, hecho y padecido por nosotros en este mundo.

3. María los conservaba en su Corazón, vale decir en su alma y en su interior, esmerándose en realizar estas divinas palabras. *Grábame como un sello en tu corazón*, así imprimía en su alma y en su cuerpo la imagen perfecta de la vida y de las virtudes de su Hijo; y conservaba esas cosas en su Corazón mediante la imitación.

4. María los conservaba en su Corazón mediante el Espíritu Santo que era el Espíritu de su espíritu y el Corazón de su corazón; conservaba para ella todos estos misterios y maravillas; se los hacía repasar y recordar para que fueran su aliento por la contemplación y tributar así a su Hijo el honor y la adoración que le eran debidos y

poder luego transmitirlos a los apóstoles y a los discípulos.

5. De la misma manera los conservaba en su Corazón mediante su Hijo, Jesús, que la llenaba, poseía y guiaba como no hubieran podido hacerlo su propio espíritu y corazón: Él esclarecía su entendimiento con luces infinitas e imprimía en su alma un inmenso respeto y veneración por los misterios realizados en ella o de los que había sido testigo.

6. Finalmente los conservaba en su Corazón empleando toda su capacidad natural y sobrenatural de amar, en un ejercicio continuo de amor purísimo, decidido y ardiente, a su Hijo Jesús, único objeto de sus afectos; amaba igualmente cuanto le acontecía en su interior y su exterior, en su humanidad y su divinidad. Por causa de ese amor Jesús residía, vivía y reinaba siempre en su Corazón, conforme a sus palabras: *Si alguno me ama, mi Padre lo amará y vendremos a él y viviremos en él*¹.

Esto es lo que entendemos por Corazón santísimo de la Amada de Dios. Deseamos,

1. Jo. 14,13.

sobre todo, venerar y honrar primera y principalmente la facultad y capacidad de amar, natural y sobrenatural, que se encuentra en esta Madre de amor. Ella la empleó íntegramente en amar a Dios y al prójimo. Es este amor y caridad de la madre del Salvador el que está expresado y contenido en la palabra CORAZÓN cuando decimos: *Grábame como un sello en tu corazón*. Porque aun cuando el término CORAZÓN representa todo el interior, significa principalmente el amor, como lo atestiguan estas otras palabras: *Porque es fuerte el amor como la muerte, es centella de fuego, llamarada divina*¹. Y así cuando el Esposo celestial dice a su Esposa: *Grábame como un sello en tu corazón, como un sello sobre tu brazo* es como si dijera: graba en ti una imagen perfecta del amor que tengo por mí mismo y que tengo por ti y un retrato vivo de la caridad que tengo a todos los hombres. Que tu Corazón se encienda interiormente con el fuego sagrado del amor que me tengo a Mí mismo y de mi caridad para con todas las criaturas y que las llamas de ese fuego

1. Cant. 8,6.

se hagan visibles en sus palabras y en tus obras.

Nunca se ha encontrado ni se hallará jamás alguien que haya cumplido tan perfectamente este mandamiento del divino Esposo de las almas fieles como la Virgen fidelísima. Por eso es llamada *la Madre del amor hermoso*¹.

Así pues, lo que contemplamos y veneramos de manera especial en nuestra Señora y Madre es ese amor y caridad incomparables. Eso es lo que entendemos primordialmente por su Santísimo Corazón. Es bajo esta hermosa cualidad y glorioso título de *Madre de amor y de Caridad* como deseamos honrar y alabar a esta admirable Virgen y madre.

IV Continúa el mismo tema

Por lo dicho puedes ver que celebrar y honrar el santísimo Corazón de la santa Virgen es celebrar y honrar las funciones todas de su vida corporal y sensitiva, de la que el Corazón es el principio.

1. Eccli. 24,24.

Es honrar el uso santo que hizo ella de las pasiones que tienen su sede en el corazón, como también de su memoria, entendimiento y voluntad y de la parte suprema de su espíritu.

Es honrar infinidad de maravillas que tuvieron lugar en su alma y en su vida interior y espiritual.

Es honrar los frutos de luz, de gracia, de santidad que el Espíritu Santo y su Hijo Jesús, que son el Corazón de su corazón, han obrado en ella y la respuesta fiel que ella dio para colaborar con ellos.

Pero, sobre todo, es celebrar y honrar de manera especial el inmenso amor y caridad ardiente de esta Madre del amor hermoso para con Dios y para con los hombres y todas las consecuencias que tal amor y caridad produjeron en sus pensamientos, palabras, plegarias, acciones, sufrimientos y en la práctica de todas las virtudes.

¿Qué honor no merecen portentos tan grandes y admirables?

1. ¡Cuánta veneración se merece ese Corazón sensible y corporal de la Madre de Dios que ha sido el principio de la vida humana del Niño Jesús cuando habitaba en sus benditas entrañas! En efecto, mientras un

niño está en el vientre materno el corazón de la madre es fuente de la vida tanto del hijo como de la suya propia en total y mutua dependencia.

¡De cuánto respeto y de cuántas alabanzas no es digno el Corazón santo de María del que el Niño Jesús quiso depender durante nueve meses! ¡Corazón admirable, principio de dos vidas tan nobles y preciosas: de la vida purísima y santa de la Madre de Jesús y de la vida humanamente divina y divinamente humana del hijo de María! ¡Corazón sobre el que el Niño Jesús tantas veces descansó! ¡Corazón que por su calor natural produjo la purísima leche que lo alimentó! ¡Corazón que es la parte más noble y venerable de su cuerpo virginal, que dio un cuerpo al Verbo eterno, a quien los espíritus celestes adoran y bendicen! ¡Corazón, en fin, que es sede y templo en el que las pasiones del amor y del odio, de la alegría y de la tristeza han tributado tanto honor y gloria al que ha sido siempre su dueño y rey absoluto y a cuya voluntad tales pasiones han estado plenamente sometidas!

2. ¡Cuánto honor no merecen las facultades superiores de la Virgen Madre, su me-

moria, su entendimiento, su voluntad y la parte más íntima de su espíritu que no han tenido más ocupación que Dios y su Hijo único y han estado solo bajo la moción del Espíritu Santo!

3. ¡Cuánto no debemos honrar el alma santa y la vida interior y espiritual de la Madre de Dios que es la imagen perfecta del alma deificada de Jesús y vivo retrato de su vida interior y oculta!

4. ¡Cuánta gloria no debemos tributar a Jesús, que es el verdadero Corazón de María, y al Espíritu Santo de Jesús, que es el Espíritu de su espíritu y el Alma de su alma, por tantos pensamientos sanos con que colmaron su espíritu, por tantas luces celestiales con las que iluminaron su memoria y su entendimiento, por tantas iniciativas infundidas en su voluntad, por la altísima contemplación a la que la elevaron, por tantos ardores con que inflamaron su Corazón, por tantos dones de la gracia y tantas virtudes eminentes con que adornaron su alma y por tantos prodigios obrados, a lo largo de tanto tiempo, en las facultades de su alma santa!

5. ¡Cuántas alabanzas no merece esta Reina de los corazones consagrados a Jesús no sólo por no haber puesto jamás óbice

a la acción de su Hijo y del Espíritu en ella, sino por haber correspondido y cooperado con tanta fidelidad, con todo su corazón y según la plenitud de la gracia que en ella había! Usó perfectamente de estas luces, dones y favores para la gloria de Dios y el cumplimiento de sus voluntades divinas.

6. Pero sobre todo, ¡cuánto honor, gloria y amor debemos a esta Madre del amor hermoso, la más amante y amable y la más amada por Dios y por los hijos de Dios entre todas las criaturas! ¡Cuánta honra no merece esta Madre amorosa que es toda Corazón, toda amor y toda caridad hacia Dios y hacia los hombres por los frutos admirables y copiosos de su amor y caridad incomparables!

Porque, para decirlo una vez más, lo que nos proponemos bendecir, alabar y enaltecer, en todas las formas posibles, es este amor, milagro de los divinos amores; es esta caridad, maravilla de las santas caridades; es el Corazón virginal, colmado, poseído y abrasado en tal amor y caridad.

Deseamos honrar en la santa Virgen, Madre de Jesús, no sólo algunos de sus misterios o acciones, como su Concepción, Nacimiento, su Presentación, su Visitación o

su Purificación; no sólo algunas de sus cualidades como su condición de Madre de Dios, o de Hija del Padre, o de Esposa del Espíritu Santo, o de Templo de la santa Trinidad, o de Reina del cielo y de la tierra; ni siquiera honramos solamente la fuente y el origen de su santidad y de la dignidad de sus misterios, acciones, cualidades y de su persona, es decir su amor y su caridad, ya que, según los santos doctores el amor y la caridad son la medida del mérito y el principio de toda su santidad.

Veneramos ese Corazón lleno de amor y caridad que santificó los pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos de la santa Madre del Salvador.

Honramos ese Corazón, hoguera del amor y de la caridad divinos que santificó su memoria, entendimiento, voluntad y las facultades superiores e interiores de su alma.

Ensalzamos ese Corazón que adornó toda su vida interior y exterior con santidad maravillosa e incomparable.

Enaltecemos ese Corazón que contiene en grado eminente todas las virtudes, los dones y frutos del Espíritu Santo y las Bienaventuranzas evangélicas.

Glorificamos ese Corazón que atrajo hacia ella el Corazón de la santa Trinidad, esto es, el Espíritu Santo para que fuera su Espíritu y su Corazón.

Tributamos honra a ese Corazón que conmovió el Corazón del Padre eterno, o sea su Hijo amadísimo para que fuera el Corazón de su corazón.

Es ese Corazón que hizo que sus sagradas entrañas y sus benditos pechos fueran dignos de llevar y alimentar al que sostiene al mundo y que es la vida de todos los vivos.

Es ese Corazón el que la exaltó a la dignidad, en cierto modo infinita, de Madre de Dios y Señora del universo. Por ello dice San Agustín¹ que su mayor dicha fue llevar a Jesucristo en su Corazón antes que en sus entrañas; y si la Iglesia canta con razón: *Bienaventuradas las entrañas de María Virgen*, con mayores motivos puede decir: *Dichoso el Corazón de María Virgen que llevó al Hijo del eterno Padre*.

Podemos afirmar por consiguiente que por haber sido este Corazón ardiente de

1. Lib. de sancta virginitate, cap. 3.

amor y de caridad el que la constituyó Madre de Jesús, ese mismo Corazón la hizo Madre de todos los miembros de Jesús.

Ese Corazón la exaltó en el cielo sobre los serafines y la hizo sentar en un trono de gloria, incomparable de grandeza, poder y felicidad, por su dignidad, infinita en cierta manera, de Madre de Dios.

Ese Corazón bendito es fuente inexhausta de dones, gracias, favores y bendiciones para los que aman de veras a esta Madre del amor hermoso y honran con devoción su amabilísimo Corazón según las palabras que el Espíritu Santo le hace decir: *Yo amo a quienes me aman*¹.

Finalmente, con este Corazón divino y maternal de nuestra Madre y nuestra Reina tenemos obligaciones casi infinitas. Por eso nunca podríamos tributarle cumplida honra, alabanza y gloria.

De todo lo dicho puedes concluir que es bueno y santo, muy útil para nuestras almas y agradable sobremanera a Dios, al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a la santa Madre de Dios celebrar la memoria de tantas

1. Prov. 8,17.

maravillas y consagrar un día al año a esta devoción del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. Agradecemos así a la santa Trinidad tantas pruebas de su bondad hacia la más noble y querida de sus criaturas; nos regocijamos con esa Madre de amor por los portentos que el Todopoderoso realizó en su amabilísimo Corazón y nos estimulamos, meditando en sus dones, a tributarle el honor y el servicio que Él quiere que le rindamos y a hacernos dignos, con la ayuda de su gracia, mediante la imitación de sus virtudes, de pertenecer al número de los verdaderos hijos de su Corazón maternal.

V. Siete medios de honrar el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen

Las anteriores consideraciones muestran a las claras que la devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen María está muy sólidamente fundada. Por eso debemos idear toda clase de medios para honrarlo y hacerlo honrar por los cristianos. Te expongo siete principales:

1. Si deseas agradecer a ese Corazón virginal tan solícito por tu salvación escucha

y obedece lo que el Señor te dice con estas palabras: *Hijo mío, dame tu corazón*¹ y con estas otras: *Convertíos a Mí de todo vuestro corazón*².

Para ello haz el firme propósito de cumplir la promesa que hiciste a Dios en tu bautismo de renunciar enteramente a Satanás, a sus obras pecaminosas y a sus pompas, es decir, al mundo y de seguir a Jesucristo en su doctrina, en sus costumbres y virtudes.

Y para que te conviertas a Dios no sólo de corazón sino con todo tu corazón, proponte fervientemente, con la gracia de Dios, convertir y dirigir las pasiones de tu corazón a su divina Majestad, poniéndolas al servicio de su gloria. El amor, por ejemplo, amando sólo a Dios y al prójimo en Dios y por Dios; el odio, odiando sólo el pecado y cuanto lleva a él; el temor, temiendo únicamente en este mundo desagradar a Dios; la tristeza, no sintiéndola sino por haber ofendido a Dios; la alegría, colocando todo tu gozo en servir y amar a Dios y en seguir en todo y por todo su santa Vo-

1. Prov. 23,26.

2. Joel, 2,12.

luntad.

Adoramos a un Dios que no nos pide cosas difíciles. Se contenta con que le demos nuestro corazón, con sus afectos, en especial los del amor y del odio; el amor para amarlo sobre todas las cosas y con todas nuestras fuerzas y el odio para odiar sólo el pecado.

¿Qué hay de más amable que amar una bondad infinita de la que sólo hemos recibido toda suerte de bienes? ¿Qué hay de más fácil que odiar lo más abominable que hay en el mundo y que es la causa de todos nuestros males?

Desde ahora entrega por entero y de manera irrevocable tu corazón a Aquél que lo ha creado, que lo ha rescatado y que tantas veces te ha dado el suyo. Y para que tome plena posesión de él, comparte los mismos sentimientos del Corazón de María, a saber:

—gran sentimiento de horror y de abominación frente al pecado,

—hondo sentimiento de odio y desprecio por el mundo depravado y por todo lo que le pertenece,

—profundo sentimiento de humilde estima, y aún de menosprecio, por ti mismo,

—radical sentimiento de aprecio, respeto y amor por todo lo que atañe a Dios y a su Iglesia,

—alto sentimiento de veneración y afecto por la cruz de Jesucristo, por las privaciones, humillaciones, penas y sufrimientos, que son los más preciados tesoros del cristiano en este mundo, según el oráculo celestial: *Teneos por muy dichosos, hermanos míos, cuando os veáis asediados por pruebas de todo género*¹ para que puedas decir con San Pablo: *Dios me libre de gloriarme sino de la cruz de Cristo*².

2. Uno de los medios más útiles de honrar el dignísimo Corazón de la Reina de las virtudes es que te esmeres por imitar e imprimir en tu corazón una viva imagen de su santidad, afabilidad, bondad, humildad, pureza, sabiduría y prudencia, de su paciencia, obediencia, vigilancia, fidelidad, amor y demás virtudes.

3. Entrega a menudo tu corazón a esta Reina de los corazones consagrados a Jesús y suplícale que tome plena posesión de

1. Sant. 1,2.

2. Gal. 6,14.

él para que lo entregue sin reserva a su Hijo y para grabar en él todos estos sentimientos y virtudes haciéndolo así imagen del Corazón del Hijo y de la Madre.

4. Socorrer a los pobres, a las viudas, a los huérfanos y a los extranjeros; proteger a los indefensos, consolar a los afligidos, visitar a los enfermos y prisioneros y practicar otras obras de misericordia semejantes agrada sobremanera al Corazón misericordioso de la Madre de la gracia.

5. Sobre todo, la mayor alegría que podamos proporcionar al Corazón sagrado de María, encendido en amor por las almas que costaron la sangre preciosa de su Hijo, es trabajar con celo y con amor en su salvación. Porque si los corazones de los ángeles y de los santos del cielo se regocijan cuando se convierte un pecador en la tierra, el Corazón de su Reina se alegra más por ello que todos los habitantes del cielo juntos por cuanto tiene más amor a Dios y a los hombres que todos los corazones angélicos y humanos del cielo y de la tierra.

6. Procura tributar diariamente algún homenaje especial a este Corazón real de la Señora del universo mediante algún acto piadoso o con alguna plegaria por esta in-

tención. Puedes servirte para ello de la Salutación compuesta en su honor que encontrarás al final de este libro¹.

7. Acuérdate de destinar un día cada año para festejar este Corazón. En algunos lugares se hace ya el primero de junio. Pero en muchos otros se celebra la fiesta solemne el ocho de febrero, fecha más conveniente para este efecto.

Primero, para poder dotarla de Octava, lo que se hace más fácilmente en este tiempo.

Segundo, porque si se pesan bien aquellas palabras: *María conservaba todas estas cosas en su Corazón*, registradas dos veces en el capítulo 2º de san Lucas, ellas nos proclaman lo más notable y digno de admiración en el muy noble Corazón de la Madre del Salvador, digno por tanto de nuestra rendida veneración. Pues bien, en el primero de estos textos esas palabras se refieren a los hechos maravillosos que tuvieron lugar en la divina Infancia del Hijo de Dios; en el segundo mencionan los que

1. Se trata de la oración compuesta por san Juan Eudes
Yo te saludo, María, Hija de Dios Padre.

sucedieron durante su vida oculta. Ambos declaran que su santa Madre conservó fielmente los unos y los otros en su Corazón.

Y precisamente, el comienzo del mes de febrero, cuando se celebra la fiesta del Corazón de la santa Virgen, coincide con el final del tiempo consagrado a honrar la divina Infancia, que culmina con la fiesta de la Purificación, y abre el tiempo dedicado a honrar la vida oculta, período que va desde la Purificación hasta la Cuaresma.

De ahí que el tiempo del año más propicio para celebrar la fiesta del amabilísimo Corazón de la Madre de Dios es el comienzo del mes de febrero.

Muchos eminentes prelados, que han honrado con su aprobación este libro, han exhortado a sus diocesanos a acoger esta devoción y a celebrar en esta fecha esta festividad sirviéndose del oficio que se publica en seguida, inspirado en la Sagrada Escritura y en los santos Padres.

Finalmente, si no viviéramos en un siglo en el que, al parecer, cuesta creer en el Evangelio, podría referir aquí varios milagros realizados en el cuerpo y en el espíritu por la invocación y los méritos del santísimo Corazón de la bienaventurada Vir-

gen. Me limitaré sólo a decir que es imposible que Nuestro Señor Jesucristo pueda rehusar nada de cuanto se le pide conforme a su gloria y a nuestra salvación, sobre todo cuando se le ruega por el amabilísimo Corazón de su queridísima Madre que lo ama y amará siempre con mayor fervor que todos los corazones de los ángeles y de los santos.

Suplico a Jesús, Rey de los corazones, por el inmenso amor de su Corazón filial hacia su santa Madre y por la perfecta dilección que el Corazón maternal de María le tiene, que bendiga, con sus más preciadas bendiciones, a cuantos celebren esta fiesta de su sacratísimo Corazón y que establezca en sus corazones el imperio eterno de su divino amor.

Oro a María, Madre de Jesús, por el adorable Corazón de su Hijo amadísimo y por el suyo propio, que ofrezca esos corazones a la divina Voluntad, rogándole que aniquile en ellos cuanto le desagrada, y viva y reine perfectamente en ellos para siempre.

Ruego finalmente al Hijo y a la Madre que envíen centellas de la hoguera ardiente de sus amabilísimos Corazones a los corazones de quienes celebran con amor dicha

fiesta, para que los enfervorice en amor sagrado si se encuentran tibios, los incendie si están ardientes, los abraze si están incendiados.